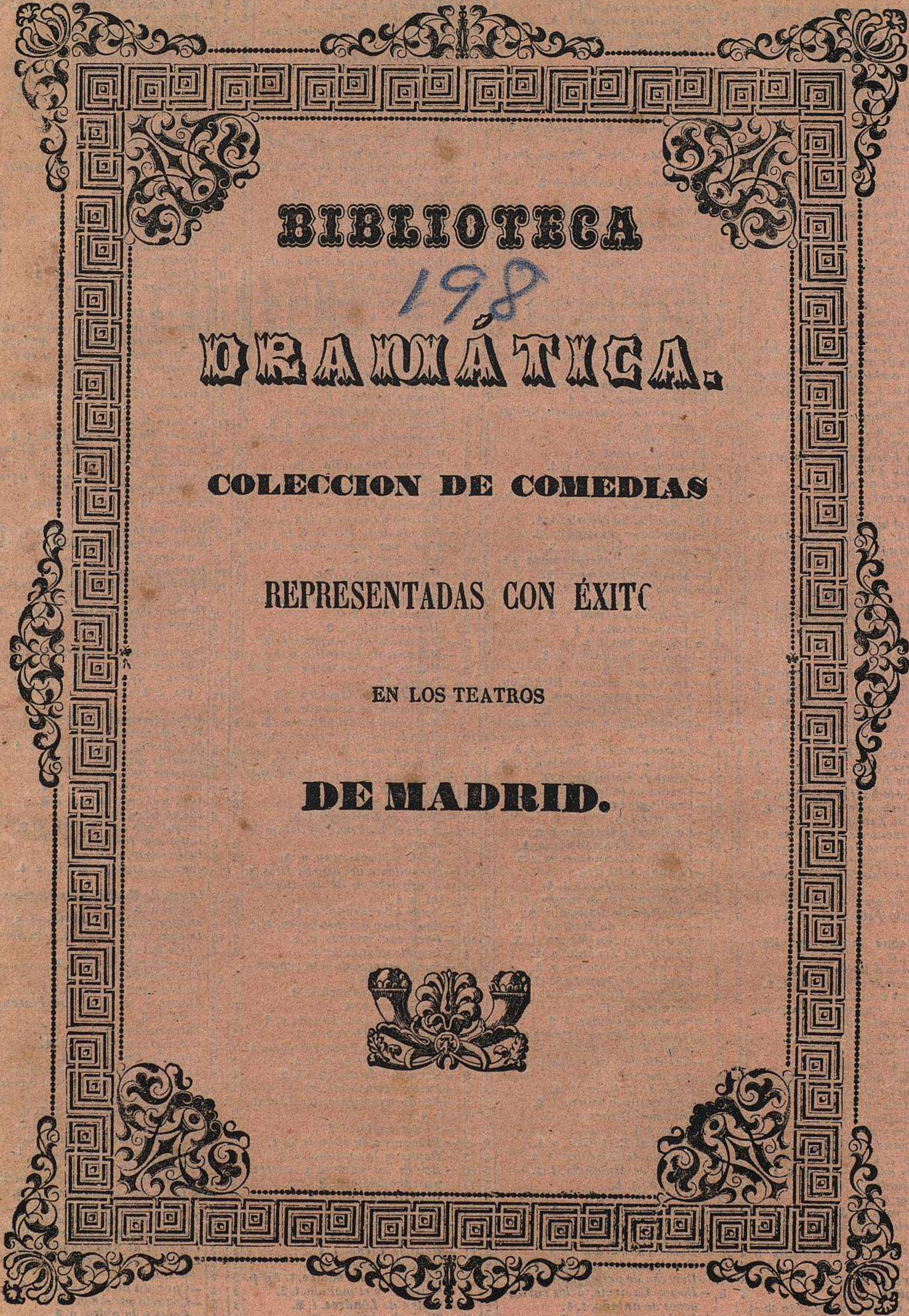


291

Calavera y precipito
En 3 actos

2



BIBLIOTECA

198

DRAMÁTICA.

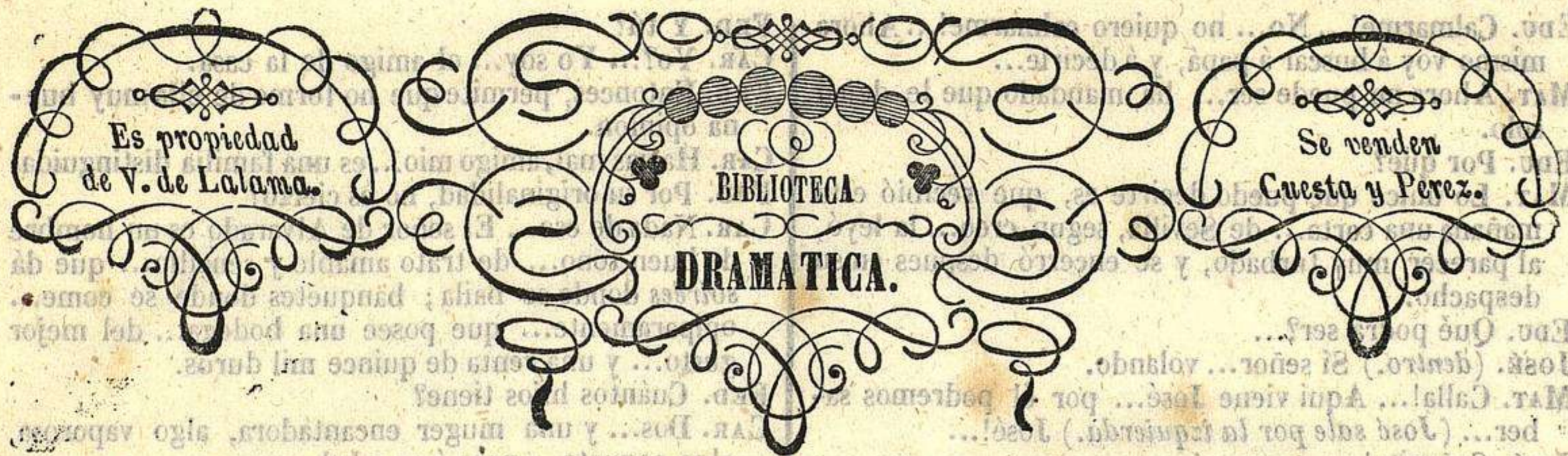
COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





CALAVERA Y PRECEPTOR.

Comedia en tres actos, arreglada del francés por D. Mariano Carreras y Gonzalez, para representarse en Madrid, el año de 1854.

PERSONAJES.

- FEDERICO DE LA VEGA, 28 años.
- DON JUDAS, 50.
- ALVARADO, 40.
- EDUARDO, su hijo, 18.
- CARLOS, 30.
- JOSÉ, criado.
- MATILDE, hija de Alvarado, 17.
- ADELA, muger de Alvarado, 25.
- JACINTA.

La acción en Madrid, en nuestros días.

ACTO PRIMERO.

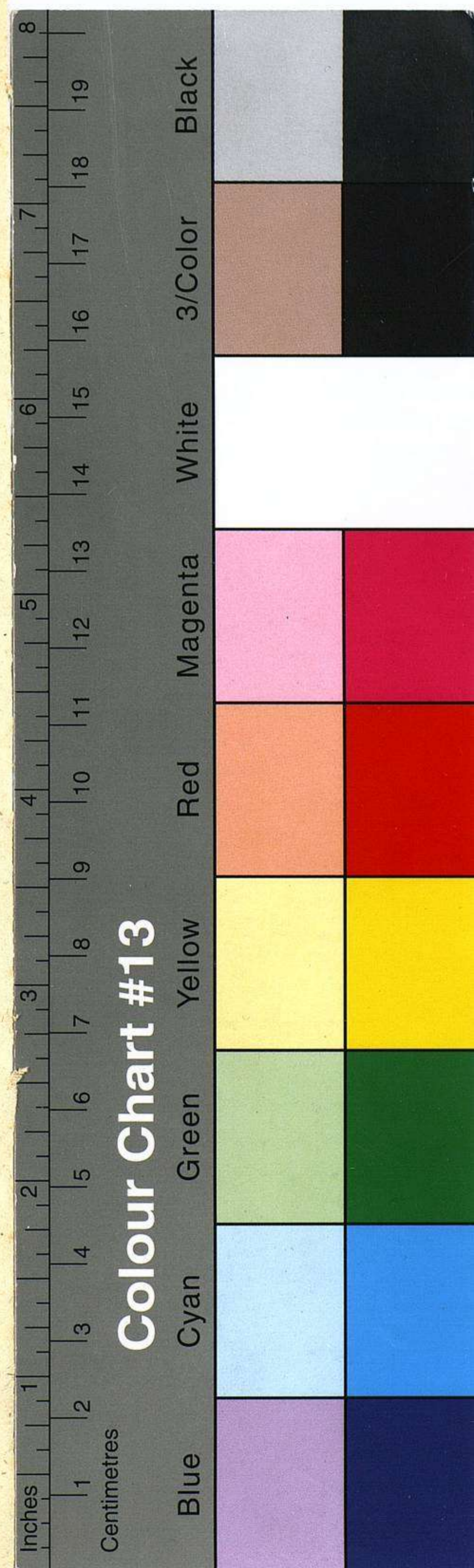
El teatro representa un salón ricamente amueblado. Puerta de entrada en el fondo. — Puertas laterales. — Mesas, sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, MATILDE; despues JOSÉ. EDUARDO está escribiendo á la derecha; MATILDE bordando á la izquierda.

MAT. Eduardo... Eduardo!
EDU. Déjame en paz.
MAT. Qué haces?
EDU. Estoy estudiando.
MAT. Qué?
EDU. Un... tema inglés.
MAT. Ah! (un momento despues se levanta, vá de puntillas á mirar por encima de los hombros de su hermano, y dice leyendo.) «Angel mio!»
EDU. (volviéndose.) Me gusta la curiosidad!
MAT. A eso llamas un tema inglés?
EDU. Si... es una traduccion de Milton... un fragmento del paraíso perdido.
MAT. (riendo.) Si digeras del paraíso... encontrado!
EDU. Pues!... Estas chiclelas...! (se levanta.)
MAT. Vamos!... Has acabado... de estudiar?
EDU. He concluido... Qué ocurre ahora?

MAT. Ocorre, que desde esta mañana me estoy quebrando la cabeza en averiguar por qué nuestro padre ha despedido al bueno de don Esteban?
EDU. Mi preceptor?... Por la sencilla razon de que tengo ya diez y ocho años... que soy un hombre, y que ya no necesito...
MAT. Un hombre, tú?... Por supuesto!... Ni siquiera tienes bigotes!
EDU. En eso te equivocas... los tengo... y muy largos!
MAT. Entonces lo disimulas mucho... nunca te los he visto!
EDU. Es que me los corto.
MAT. Por qué?... Son tan bonitos!...
EDU. Pero no se estilan.
MAT. Y las patillas?
EDU. Bah?... Pareceria un inglés!
MAT. Y toda la barba?
EDU. Un gastador.
MAT. Comprendo! (Estan verdes todavia!)
EDU. Qué dices?
MAT. Digo, señor hermano, que tan barbado estás en lo físico como en lo moral, y la prueba es, que papá anda buscando para tí otro preceptor.
EDU. Cómo?
MAT. Qué digo, un preceptor?... Un ayo, si no te enfadas.
EDU. Pero de dónde sabes...?
MAT. Acabo de leerlo en el *Diario*.
EDU. En el...?
MAT. (yendo al velador de la derecha.) Mira. (le dá un número del *Diario de Avisos*.)
EDU. (leyendo.) «Don Ciriaco Camastron, soltero, necesita una doncella rubia y bien proporcionada.» No es esto... Ah! (leyendo.) «Se necesita un ayo para un jóven de buena familia. La persona que reúna las cualidades necesarias, puede dirigirse á don Antonio Maria Alvarado, calle de las Fuentes, número 73.»
MAT. Ya lo ves... no cabe duda.
EDU. Pero esto es ridículo!... Un ayo!... Cualquiera diria que tengo doce años!... Oh!... Lo veremos... Lo que es al que venga, trabajo le mando!... Le he de dar la vida mas insoportable!...
MAT. Vamos!... Cálmate!



EDU. Calmarme!... No... no quiero calmarme!... Ahora mismo voy á buscar á papá, y á decirle...

MAT. Ahora no puede ser... ha mandado que le dejen solo.

EDU. Por qué?

MAT. Lo único que puedo decirte es, que recibió esta mañana una carta... de Sevilla, según creo... la leyó, al parecer muy turbado, y se encerró después en su despacho.

EDU. Qué podrá ser?...

JOSÉ. (*dentro.*) Si señor... volando.

MAT. Calla!... Aquí viene José... por él podremos saber... (*José sale por la izquierda.*) José!...

JOSÉ. Señorita!...

MAT. (*con indiferencia.*) Papá ha llamado hace un momento... qué quería?

JOSÉ. El amo se marcha hoy mismo á Sevilla... Me ha mandado que le prepare la maleta, y ha entrado después en el cuarto de la señora.

MAT. Ah!.. Vienes, Eduardo? (*se dirige hacia el fondo.*)

EDU. Si... (*bajo á José.*) José, llevarás esta carta á donde dice el sobre... Silencio!

MAT. (*en el fondo.*) Vamos?

EDU. Voy, voy, hermana mía. (*vanse los dos por el fondo.*)

ESCENA II.

JOSÉ; después FEDERICO.

JOSÉ. (*leyendo el sobre.*) «A la señorita Jacinta Martínez, calle del Prado, número 107...» Y es la vigésima que le llevo de un mes á esta parte!...

FED. (*en el fondo, examinando el salón con sus lentes.*) Es particular!

JOSÉ. Quién!... (*volviéndose.*) Ah!... Caballero!...

FED. (*echándole los lentes.*) El señor de Alvarado?

JOSÉ. No está visible en este momento.

FED. Entonces... esperaré.

JOSÉ. He dicho á usted que...

FED. Y yo he respondido que esperaré.

JOSÉ. Bien está... Si usted quiere decirme su nombre...

FED. Es inútil... el señor de Alvarado no me conoce.

JOSÉ. No importa... siempre se acostumbra...

FED. Pues bien... anuncie usted á Pedro, Pablo, Juan, Francisco, Diego...

JOSÉ. Pero, caballero... no podré acordarme...

FED. Entonces... no anuncie usted á nadie... es cuanto le pido.

JOSÉ. (*ap., yéndose por la izquierda.*) Vaya un hombre raro!

FED. (*solo, examinando la sala.*) Esta sala se parece á todas las salas... nada de extraordinario... nada que anuncie la monomanía... Es particular!.. los muebles cómodos y elegantes... esta butaca... (*se sienta en ella.*) esta butaca está perfectamente acondicionada... es part...

JOSÉ. (*saliendo, y en tono áspero.*) El amo ha dicho que espere usted. (*vase por el fondo.*)

FED. (*solo.*) Este criado es feo, grosero... se parece á todos los criados... Pues señor, no lo entiendo!... Yo, que creía encontrarme con un... museo de antigüedades!... Esto es un engaño... y me dan ganas de marcharme.

CAR. (*al paño.*) Bien, José... esperaré!

FED. Yo conozco esa voz. (*se dirige hacia el fondo.*)

ESCENA III.

FEDERICO, CARLOS.

CAR. (*entrando.*) Federico!... Qué vienes á hacer aquí?

FED. Y tú?

CAR. Yo?... Yo soy... el amigo de la casa.

FED. Entonces, permite que no forme de ella muy buena opinión.

CAR. Harías mal, amigo mío... es una familia distinguida.

FED. Por su originalidad, no es cierto?

CAR. Nada de eso... El señor de Alvarado es un hombre de buen tono... de trato amable y sencillo... que dá soirées donde se baila; banquetes donde se come... opíparamente... que posee una bodega... del mejor gusto... y una renta de quince mil duros.

FED. Cuántos hijos tiene?

CAR. Dos... y una muger encantadora, algo vaporosa, algo coqueta... pero á su edad...

FED. (*asombrado.*) Cómo?... Pues qué edad tiene?

CAR. Treinta años.

FED. Es decir que sus hijos están todavía al colegio?

CAR. No... el chico tiene diez y ocho años... guapo mozo... (*sonriendo.*) algo... cándido... algo entusiasta... pero eso se le pasará... En cuanto á la chica, es una linda señorita, tierna como una rosa, blanca como una azucena, y que hace cortesías con una precisión geométrica.

FED. Es decir que el señor de Alvarado ha contraído segundas nupcias.

CAR. Hace cinco ó seis años.

FED. Segundas nupcias?... á Dios, Carlos, á Dios!

CAR. Cómo?... Te vas?

FED. Qué he de hacer?... Puesto que el señor de Alvarado se parece á todos los mártires... estoy de mas aquí.

CAR. No te entiendo.

FED. Hombre, sabrás en primer lugar... que he venido á esta casa para hacer que me planten en la calle.

CAR. Que te planten...?

FED. En la calle... ni mas ni menos... Debo decirte que he pasado una noche estúpida... que he dormido desde las diez de la noche hasta las diez de la mañana, como un canónigo, como un ganapan, como un hombre que acostumbra á pagar á su casero... Al despertarme, sentí imperiosamente la necesidad de distraerme, y empecé á dar tormento á mi imaginación para conseguirlo... cuando recorriendo el *Diario de Avisos*...

CAR. Calla!... Tú lees eso?

FED. Cómo... eso?... El *Diario de Avisos* es todo un cuadro de costumbres... una caricatura social?... En él no hay frases, ni teorías, ni paradojas... hechos y nada mas!... Las miserias del hombre, sus necesidades, su ambición, las ilusiones que se forma, los lazos que tiende... todo está allí... El es la esperanza del hortera sin colocación, la providencia de los niños que tienen sed, y las nodrizas que tienen hambre... es la trompeta del charlatan y el parnaso del tendero, que, mediante un Pegaso de diez cuartos la línea, puede ver volar á la posteridad su nombre, su prosa, y hasta las señas de su casa.

CAR. (*riendo.*) Bajo ese aspecto, es muy diferente.

FED. Continuo: recorriendo el *Diario de Avisos*, leo el siguiente: «Se necesita un ayo para un joven de buena familia. La persona que reúna las cualidades necesarias, puede dirigirse á don Antonio María Alvarado, calle de las Fuentes, número 73.» Esta frase: «Se necesita un ayo», me pareció tan rara en el siglo en que vivimos, que exclamé: Ya tengo lo que buscaba! Vamos á ver al señor de Alvarado! Debe ser un hombre fantástico, ideal, antidiluviano!... Debe tener coleta, zapatos de oreja, un bastón de puño de marfil, y una figura de puño de bastón.

CAR. (*riendo.*) Comprendo... tu creías hallar... y has en-

contrado... Ja! ja! ja!

FED. Justamente... (Habrá estúpido!) Con que á Dios, chico. (al ir á marcharse, sale Alvarado por la izquierda.)

ESCENA IV.

Los mismos, ALVARADO.

ALV. (á Carlos, con frialdad.) Señor don Carlos, saludo á usted. (á Federico.) Es usted, caballero, la persona que me ha hecho el honor...

FED. Yo?... No... no señor.

CAR. (rápidamente.) Si tal... Este caballero me estaba diciendo que tenia que hablar con usted.

FED. (bajo á Carlos.) Imbécil!

ALV. Suplico á usted que me dispense por haberle hecho esperar... pero debiendo salir de Madrid dentro de algunas horas...

FED. (rápidamente.) Comprendo... está usted ocupado... y yo sentiria mucho...

ALV. De ningun modo, caballero... soy con usted al momento.

FED. (Pues señor... este hombre no tiene nada de particular!)

ALV. (á Carlos, con frialdad.) Don Carlos, usted vendrá á ver á mi señora... la encontrará usted en el saloncito.

CAR. Temo, sin embargo...

ALV. Vaya usted... tendrá mucho gusto en recibirle.

CAR. Ya que me dá usted su permiso... Señores... (saluda y vase por la derecha.)

ESCENA V.

FEDERICO, ALVARADO.

FED. (No gasta zapatos de orejas; ya siento haber venido.)

ALV. Ahora, caballero, me tiene usted á sus órdenes. (le acerca un sillón y se sienta.)

FED. (sentándose tambien.) (Si al menos gastára coleta!)

ALV. Ya le escucho.

FED. Caballero, es usted la persona que busca un ayo, por medio de un anuncio del *Diario de Avisos*?

ALV. Si señor, yo mismo. Se sonrie usted?... Es, sin embargo un medio muy cómodo. Suponga usted que hago el encargo á uno de mis amigos; este le cumple; me presenta, en efecto, el ayo, y sea bueno ó malo, me veo obligado á aceptarle, so pena de disgustar al amigo... Ya vé usted que esto no me conviene... al paso que, recurriendo al *Diario*, puedo estudiar á mi gusto al pretendiente... y admitirle ó desecharle, segun me plazca.

FED. Muy bien pensado. (Hagámonos desecher pronto.) Pues bien, caballero, yo vengo á ofrecer á usted mis servicios.

ALV. Usted?... No lo hubiera creído... en su edad, en su porte...

FED. No hablemos de mi porte ni mi edad. Tengo veinte y ocho años, y estoy muy bien portado... Hablemos de mis cualidades.

ALV. (asombrado.) Tiene usted muchas?

FED. Asi dicen, caballero.

ALV. Me haria usted un favor enumerándolas.

FED. Con mucho gusto. Aquí donde usted me vé, monto á caballo como un árabe; tiro la espada como Cea; la pistola como Espartero; la lanza como Leon; el palo como...

ALV. Qué está usted diciendo?

FED. Permitame usted... aun no he concluido... Juego

al villar como Espino; conozco á las mugeres como el difunto don Juan Tenorio; bailo como Belluci; y salto como el mismo Ratel.

ALV. (mirándole, despues de una pausa.) Salta usted?

FED. Como Ratel mismo.

ALV. Muy bien, caballero, yo aprecio mucho todos esos talentos reunidos... pero confieso... que no es eso precisamente... lo que yo deseaba encontrar... en el ayo que he imaginado para mi hijo.

FED. Entonces...

ALV. Sin embargo... no digo que... seguramente... y por otra parte...

FED. (No sabe cómo despedirme.) (levantándose.) Vámonos!... Veo que no le convengo á usted.

ALV. Oh! Todavía... veremos... lo pensaré... y si usted tiene la bondad de dejarme las señas de su casa...

FED. Cómo, caballero?... Es muy justo... Aquí tiene usted mi tarjeta. (le dá una.)

ALV. Mil gracias.

FED. (saludando.) De todos modos, celebro mucho haber tenido esta ocasion... (se dirige hácia el fondo.)

ALV. (Tengo curiosidad de saber el nombre de este tronera. (leyendo.) Federico de la Vega!) Perdone usted, caballero... (Oh... No... es imposible!... (sacando rápidamente una carta del bolsillo y recorriéndola.) Si, si... él es.)

FED. (en el fondo, saludando.) Caballero...

ALV. Un momento, si no le es á usted molesto.

FED. Qué?... (sonriendo.) Piensa usted ya de otro modo?

ALV. Tal vez... porque, al fin, es indudable que usted posee cualidades tan raras como preciosas. Por ejemplo, la esgrima, la equitacion... todo eso está muy lejos de ser inútil... Sabe usted nadar?

FED. (Quiere atraparme!) Como una anguila... debajo del agua.

ALV. Dibuja usted?

FED. Al natural... con un daguerreotipo.

ALV. Y es usted músico?

FED. (modestamente.) Toco... el violon.

ALV. El instrumento mas parecido á la voz del hombre!...

FED. Si... cuando está constipado.

ALV. Muy bien... talento y buen humor... es mas de lo que yo necesito.

FED. Qué dice usted?

ALV. Que me conviene usted por todos conceptos.

FED. (asombrado.) Eh!... Que le convengo á usted?

ALV. Por todos conceptos.

FED. (sentándose.) (Pues señor, continua la broma.) Perdone usted, caballero... pero antes de aceptar un cargo de confianza, como lo es el de ayo, un hombre de honor debe darse á conocer completamente.

ALV. Esa observacion revela ya un alma leal.

FED. Caballero, confieso á usted que mi educacion moral é intelectual no ha sido muy... filosófica.

ALV. Con rectitud é inteligencia, puede fácilmente suplirse.

FED. Hay mas todavía... Es preciso que usted sepa que hasta ahora he llevado la vida mas loca, mas disipada... he dejado atrás á todos los calaveras de la corte.

ALV. Bien!

FED. He jugado... hasta la camisa.

ALV. Muy bien!

FED. Y siempre he perdido.

ALV. Tanto mejor. Continue usted.

FED. Caballero, he tenido diez desafios, y he salido herido diez veces. En fin, he vivido con diez y siete queridas, he gastado con ellas cuatro herencias... y con esto, tengo el honor... (quiere irse.)

ALV. (*deteniéndole.*) Perfectamente, caballero, perfectamente.

FED. (*aturdido.*) Cómo?... No le asusta á usted todo esto?

ALV. Al contrario.

FED. Sin embargo... hace un momento...

ALV. Hace un momento, le tomé á usted por un bur-lon; pero, poco á poco, he comprendido la profundi-dad de sus palabras.

FED. La profundidad?

ALV. Sin duda... usted ha dicho para si... á un jóven que sale del colegio no le sirve de nada el griego ni el latin... lo que necesita es la ciencia del mundo, el trato, la etiqueta social, y se ha presentado usted con todos estos requisitos. Lo que necesita ese jóven, es saber dirigir hábilmente la carrera de un caballo, la punta de una espada, ó el cañon de una pistola... y yo quiero que mi hijo sepa todo esto... hasta boxear y ma-nejar el palo... si es preciso... Si, caballero... porque, al fin y al cabo, no puede uno batirse en duelo con un cualquiera, y á veces es bueno valerse de las armas que la naturaleza nos ha confiado.

FED. (Qué está diciendo este hombre?)

ALV. Repito que he comprendido á usted... y lo que me ha seducido, sobre todo, es la esperiencia que usted tiene de las cosas de la vida.

FED. Cómo, no teme usted...?

ALV. Su pasado?... No seguramente!... Asi sabrá pre-servar á mi hijo de los peligros que ha corrido, de los escollos en que ha tropezado... Libertino, jugador y duelista... pero arruinado, desplumado y acuchillado, predicará usted mejor que nadie la moderacion, la prudencia y la economia; y cuando, en apoyo de sus consejos, enseñe usted á mi hijo su pecho lleno de ci-catrices, su bolsa y su corazon vacios de dinero y de ilusiones... no podrá menos de creerle. (*tranquilamen-te.*) Verdad, caballero?

FED. (*balbuciente.*) Ciertamente que...

ALV. Ya vé usted que le he comprendido perfectamente.

FED. (Canario!... Quién es aqui el que se burla del otro?)

ALV. Ahora debo decir á usted, que dentro de una hora parto para Sevilla. (*movimiento de Federico.*) Conoce usted esa poblacion?

FED. Muy poco, caballero... hace cinco años que salí de ella... pero alli viven mi padre, mi familia.

ALV. (No hay duda.) Voy, pues, á Sevilla por quince ó veinte dias, y me alegraria mucho de dejar aqui, du-rante mi ausencia, una persona que me sustituya.

FED. Yo, caballero?

ALV. Usted.

FED. (*variando de tono.*) Vamos claros, señor de Alva-rado... usted tiene alguna razon para obrar asi... por-que, en fin, no es natural...

ALV. Efectivamente, tengo una, señor de la Vega.

FED. Cual?

ALV. Es inútil que usted la sepa, si no acepta; y si acep-ta usted, la sabrá una hora despues de mi marcha.

FED. (*estupefacto.*) Ah!

JOSÉ. (*entrando, bajo á Alvarado.*) Señor!

ALV. Qué es eso?... Vienes á interrumpirme cuando es-toy ocupado?

JOSÉ. (*bajo.*) Don Judas quiere absolutamente hablar con usted.

ALV. (Otra vez ese hombre!) (*á José.*) Dile que voy ahora mismo. (*vase José.*) Caballero, me veo precisa-do á dejar á usted solo un momento; puede usted em-plearle en reflexionar, para resolverse definitivamente.

ESCENA VI.

FEDERICO solo.

FED. (*despues de una pausa.*) Y yo, que me le figuraba con una cabeza de puño de baston!... Está visto... quise divertirme á costa del señor de Alvarado... y él es quien se ha divertido á costa mia... Pues señor... lo que ahora debes hacer, amigo Federico, es aprove-char la leccion, y... (*dá un paso para salir, y despues se detiene.*) Sin embargo, ese motivo que dice tener... (*en este momento se abre la puerta del fondo.*)

CAR. (*al paño.*) Señora, estoy á los pies de usted.

ADE. (*dentro.*) Hasta luego, no es verdad?

CAR. (*al paño.*) Hasta luego.

FED. Carlos!... Todavía aqui!... Parece que hace lar-gas visitas á la señora de Alvarado. (*de pronto.*) Seria acaso...? Vamos á saberlo.

ESCENA VII.

FEDERICO, CARLOS.

CAR. Aun estás ahí, Federico?

FED. Ya lo ves.

CAR. No has logrado que te planten en la calle?

FED. En la calle?... Si, de eso se trata! Amigo mio, es-toy nombrado...

CAR. Nombrado... qué?

FED. Ayo del chico.

CAR. Tú?... Vaya! Vaya!

FED. Lo que te digo.

CAR. Por supuesto, te habrás negado...

FED. Aun no... estoy... fluctuando!

CAR. Te chanceas!

FED. No por cierto... tú me has hablado de una jóven, coqueta, novelesca... y á fé mia...

CAR. Eh!... Tratas de hacer la corte á la señora de Al-varado?

FED. Por qué no?

CAR. Vamos!... Vamos!... No andemos con bromas en esas cosas!

FED. (*observándole.*) Y á tí, qué te importa?

CAR. Nada... pero... el señor de Alvarado es un amigo, y ya conoces...

FED. Tú, amigo de un hombre que tiene una muger bo-nita?

CAR. Por qué no?

FED. Segun eso, vienes por la hija?

CAR. Mucho menos.

FED. Dame tu palabra.

CAR. Mi palabra de honor!

FED. (*apoyando.*) Entonces... ya que no me haces com-petencia...

CAR. Hola!... Tienes miras sobre la chica?... Yo creia que no te gustaban las altas.

FED. (Parece que es alta.) Las altas?... Me muero por ellas... sobre todo, cuando poseen como... (Diablo!.. No sé su nombre.) como... ella!... un talle!... Qué te parece su talle?

CAR. Admirable.

FED. Y unos ojos... Qué ojos, verdad?

CAR. Divinos

FED. En cuanto á su edad... no tendrá mas...?

CAR. No... veintidos años no cumplidos.

FED. Pues mira... representa mas... De todos modos... es una doncella seductora... Su nombre es el que no me gusta.

CAR. Sin embargo, me parece que Matilde...

FED. Si... Matilde... Matilde... ya me iré acostum-brando.

CAR. Truchiman!... Ahora te entiendo!
 FED. Ah!... Con que... me entiendes... eh!
 CAR. Por supuesto... necesitabas un pretesto para... y te has presentado como ayo.
 FED. Has acertado, Carlitos... has acertado... Con que, pongámonos de acuerdo. Traicion por traicion; apoyo por apoyo; si tú dices quién soy, digo quién eres; pero si me sirves con el señor de Alvarado, yo te serviré con su muger... te conviene?
 CAR. Perfectamente, chico.
 FED. Hola!... Confiesas por fin...?
 CAR. Pst!... Qué se ha de hacer?
 FED. Y el... negocio... está en buen camino?
 CAR. Hombre, hasta ahora no he merecido favor alguno... pero...
 FED. Ah!... Con que hasta ahora?
 CAR. Si... pero el marido vá á hacer un largo viage... y ya comprendes... que durante su ausencia...
 FED. Magnífico!... Pero ahora que me acuerdo!... Y Jacinta?... La divina Jacinta, que te hizo firmar hace tres meses una promesa de matrimonio, en agradecimiento de...
 CAR. Calla!... Hemos tronado para siempre.
 FED. Pues cómo?
 CAR. Oh!... Es todo un golpe maestro!... Le administré la homeopatía... y á la hora esta, está perdida por el hijo del señor de Alvarado!... Yo fui quien los puso en relaciones... ya comprendes... era el medio de hacerme presentar aquí por el chico... y desembarazarme de los dos, el uno por el otro... Qué dices de esto?
 FED. Que es muy ingenioso!... (Vergante!)
 CAR. Y lo mas divertido es, que hemos hecho creer al muchacho que Jacinta es la virtud personificada. Así es que... la ama!... Como se ama cuando se ama por primera vez!
 FED. Ah!... Ah!... Ah!... Es chistoso!... (Habrá tu nante!)
 CAR. Pero no conviene que nos vean juntos... A Dios!... Cuento contigo, como tú puedes contar conmigo.
 FED. Hasta la vista, Carlitos.

ESCENA VIII.

FEDERICO solo.

Cómo?... El señor de Alvarado está en camino para... y ese títere habia de perder á la vez á su muger y á su hijo!... Oh! Eso seria demasiado, y yo me opongo!

ESCENA IX.

FEDERICO, MATILDE.

MAT. (entrando pálida y agitada.) Dios mio!... Dios mio!... (viendo á Federico.) Ah!
 FED. Qué tiene usted, señorita?
 MAT. Yo?... Nada, caballero, nada.
 FED. Perdone usted... La veo pálida y temblando... Ah!... Usted no me conoce, y le pareceré sin duda indiscreto... tiene usted razon... (saludando.) Federico de la Vega, futuro ayo... (Veintidos años... talle admirable... es ella!...) futuro ayo de su señor hermano.
 MAT. Usted, caballero?
 FED. Le sorprende á usted?
 MAT. Oh!... Yo creia que todos los ayos eran viejos, feos y ridículos.
 FED. Por qué?
 MAT. Porque don Esteban, el antecesor de usted, era todo eso... y usted, al contrario... (Qué estoy yo di-

ciendo?) Perdone usted... quise decir... que usted no tenia trazas de... aunque, por otra parte, nada tiene de humillante el ser... sobre todo, cuando...

FED. (riendo.) (Es encantadora!) Tranquilícese usted, señorita; y ahora, que sabe ya que soy casi de la familia, si quiere usted decirme la causa de su emocion...?

MAT. Caballero... tal vez me haya alarmado sin motivo... al pasar por la puerta del despacho de papá, le he oido hablar alto y en tono irritado... pero don Judas no parece un mal hombre.

FED. Don Judas?

MAT. Le conoce usted?

FED. Conozco uno de ese nombre, alto, seco, de cincuenta años de edad, voz dulce y melíflua...

MAT. El mismo.

FED. Y es el que está en este momento con su señor padre de usted?

MAT. Si señor.

FED. Es visita de la casa?

MAT. Viene todos los meses... No tiene mal génio, verdad?

FED. Oh!... No tema usted... Don Judas es incapaz de reñir con nadie.

MAT. Ah!... Me tranquiliza usted completamente... pero perdone usted, caballero... mi mamá política me está esperando... y voy, con el permiso de usted...

FED. (saludando.) Usted le tiene, señorita.

MAT. (yéndose.) (Es buena figura!...) Caballero... (Muy buena figura!) (vase.)

ESCENA X.

FEDERICO.

Por Dios que me gusta la chica!... Qué candor!... Qué sencillez!... Qué dulzura!... Pero no es tiempo ahora de pensar en ella... Lo que me estraña es encontrar aquí á ese hombre!... Don Judas en esta casa!... Don Judas el usurero!... Qué quiere decir esto?... (mirando al rededor.) No hay nadie!... Daria cualquier cosa por saber... Ah!... Desde aqui puedo oír... (se acerca á la puerta de la derecha, en segundo término, se pone á escuchar, y dice despues de una pausa.) Ahora está hablando el señor de Alvarado. «Es usted un cobarde y un infame!...» Le ha conocido!... Veamos lo que responde don Judas... Habla alto, animal!... Ah!... «Ademas de la pension que usted me paga todos los meses, necesito ahora mismo diez mil reales... ó de lo contrario...» No oigo mas. (dirigiéndose al proscenio.) Una pension que le paga todos los meses!... Aqui debe haber alguna infamia!

ESCENA XI.

FEDERICO, DON JUDAS.

JUD. (al paño.) Gracias, señor de Alvarado, mil gracias. Beso á usted la mano.

FED. (Ha pagado por lo visto.)

JUD. (entrando por la derecha y guardando su cartera.) (No me ha costado poco trabajo hacer que alojase... hoy no estaba de humor... pero con un buen método...)

FED. (dándole en el hombro.) Buenos dias, ilustre don Judas.

JUD. Eh! el señor don Federico!

FED. El mismo.

JUD. Conoce usted al señor de Alvarado?

FED. Algo... y usted?

JUD. Yo le trato hace diez años.

FED. Hola! Y cómo vamos de negocios?
 JUD. Mil, amigo mio, muy mil; el crédito está perdido, y los hombres de bien sufren mucho con estas cosas.
 FED. Por eso está usted tan gordo.
 JUD. Barlon! Pero, á propósito, me alegro de encontrar á usted.
 FED. De veras?
 JUD. Sabe usted que me debe todavía cuatro mil reales?
 FED. Sí, una bagatela... ya hablaremos de eso.
 JUD. Cuando?
 FED. Dentro de quince dias.
 JUD. Y dónde? Porque como nunca se sabe...
 FED. En esta misma casa... el dia que venga usted á cobrar... su pension.
 JUD. Cómo! Usted sabe?...
 FED. Hasta la vista, don Judas, hasta la vista.
 JUD. Pero explíqueme usted...
 FED. Señor mio, no me gustan los curiosos.
 JUD. Bien, bien; no se incomode usted. (Lléveme el diablo si entiendo una palabra.) (vase.)

ESCENA XII.

FEDERICO, despues ALVARADO.

FED. (solo.) Hola! hola! Don Judas, se ha propuesto usted saquear al señor de Alvarado? Pues bien, señor bribon, yo estoy aqui y sabré... Pero me quedo en esta casa ó no me quedo? Bien mirado, por qué no he de quedarme? Será divertido... y ademas, no tengo otra cosa mejor en qué ocuparme.... Con que..... adelante!
 ALV. (saliendo.) Ha reflexionado usted ya, caballero?
 FED. Si señor... y debo confesar á usted que me siento sumamente dispuesto...
 ALV. (llamando.) Muy bien. He dicho á usted que iba á marcharme por algun tiempo; en mi ausencia será usted el gefe de la familia; doy á usted carta blanca.
 FED. Pero, caballero...
 ALV. (á José que entra.) Di á la señora, á mi hijo y á mi hija, que vengan.
 FED. Permitame usted... yo...
 ALV. No hay que hablar de honorarios; usted no es un hombre á quien se paga, es un amigo á quien confío las llaves de mi caja y el honor de mi familia.
 FED. Ah! caballero, tanta confianza en mi me conmueve, me llena de orgullo! No puedo manifestar... Oh! lo que me ha faltado hasta ahora es un gran deber que cumplir... una mision tan noble como la que acaba usted de imponerme. Hasta la edad de veinte años, mi padre me trató como á un niño y no me enseñó mas que á respetarle. A esa edad creí que iba á hacer de mi un amigo... pero no hizo mas que un dependiente, un criado! Me señaló una pension, y contraje deudas! Despues se fué á la Habana, confió á un mayordomo el cuidado de su fortuna.... y yo saqué la casa, de acuerdo con el señor mayordomo. Pero hoy que se apela á mi lealtad, á mi inteligencia! Oh! hoy, lo juro, conozco que soy un hombre... y un hombre de honor.
 ALV. Bien, caballero... veo que no me habia engañado!

ESCENA XIII.

Los mismos, ADELA, EDUARDO, MATILDE, JOSE. (Entran por la izquierda, seguidos de José.)

ADE. Nos has mandado á llamar?
 ALV. Adela, hijos míos, os presento á don Federico de la Vega, que de hoy mas será el ayo de Eduardo.

FED. Perdone usted... yo no he dicho...
 ALV. (deteniéndole con una señal y continuando.) Y el gefe de la casa, durante mi ausencia.
 ADE. Cómo? Me parece extraño que hayas elegido otra persona que yo para...
 ALV. Tú no podrias encargarte de la educacion de un joven de diez y ocho años, ocuparte en los negocios, en los pleitos...
 ADE. Tu apoderado cuidaria de esos intereses...
 ALV. (bajo.) Pero no defenderia ni protegeria á usted, señora.
 ADE. Yo no necesito que nadie me defienda.
 ALV. (bajo.) Me alegraria mucho... por usted... de que así fuese... pero... si algun dia... el señor don Carlos formara un juicio equivocado acerca de los sentimientos de buena amistad, que usted le profesa... hallaria usted en don Federico un hombre con cuyo apoyo podria contar.
 ADE. (Qué dice?)
 ALV. Lo has oido, José? Obedecerás á este caballero como á mi mismo... y harás saber mi voluntad á los demas criados. Vete. (vase José; á Federico.) Señor de la Vega, necesito hacer algunos encargos á mi esposa y á mi hija. Dejo á usted solo con su discípulo. (movimiento de Federico.) Nos veremos antes de marcharme.
 EDU. (Qué divertido voy á estar!)
 MAT. (bajo á Adela.) (Es buena figura, verdad?)
 ADE. (A mi no me agrada ese hombre.) (Adela y Matilde se van. Alvarado las sigue, despues de haber apretado la mano á Federico.)

ESCENA XIV.

FEDERICO, EDUARDO, despues JOSE.

FED. (examinando á Eduardo.) (Buena presencia! Mirada altiva, fisonomia franca! Este mozo promete!)
 EDU. (Mi preceptor tiene un aire que me carga!) (vá á coger de la mesa de la izquierda cinco ó seis libros y se los pone bajo el brazo.)
 FED. Siéntese usted, joven.
 EDU. (Me sentaré si quiero.) (con mucha frialdad.) De qué vá usted á examinarme? De latin? Este es Virgilio. De griego? Este es Homero. De?...
 FED. Deje usted eso á un lado, joven, y dígame usted: Qué le gusta á usted mas, el champagne ó el Burdeos?
 EDU. Cómo?
 FED. Le pregunto á usted qué vino le gusta mas, si el champagne ó el?...
 EDU. Pero caballero...
 FED. No quiere usted responderme?
 EDU. Si señor. Me gusta mas el champagne.
 FED. Estaba seguro de ello! A esa edad todos son lo mismo, todos. Pero no sabe usted, amigo mio, que el champagne es enervante, espasmódico é indigesto?... Al contrario el Burdeos... es un vino estomacal y tónico en primer grado. Créame usted; en adelante, no beba usted nunca champagne... Burdeos, siempre Burdeos!
 EDU. Pero caballero...
 FED. Pero, amigo mio, le hago á usted acaso el efecto de un pedagogo ó un pedante? Entonces es que no me conoce, y lo siento por usted. Pero pronto haremos conocimiento... ya verá usted. (llamando.) José!
 JOSE. (entrando inmediatamente.) Señor!
 FED. Hola! Acostumbra usted á escuchar á las puertas, señor José?
 JOSE. Yo, señor?
 FED. Veo que entiende usted el servicio. La copilla con lumbre.

JOSE. (asombrado.) Qué manda usted?

FED. Señor José, no me gusta repetir las cosas. La copilla con lumbre.

JOSE. Bien, señor. (yéndose.) (Demonio de ayo!)

FED. (ofreciendo un cigarro á Eduardo.) Fuma usted?

EDU. Sí, pero papá no lo sabe.

FED. Oh! no estoy por eso. O no se fuma ó se le dice á papá. Pero ocultarse de él!... Bah! eso está muy mal hecho! Vamos, ahí tiene usted un cigarro, seco como un cesante!

EDU. (Creo que me iré acostumbrando!)

JOSE. (entrando con la copilla.) Aquí está, señor. (Eduardo y Federico encienden sus cigarros.) (Era para fumar! Qué escándalo!)

FED. (á José.) Deje usted eso, y largo!

JOSE. (dejando la copilla en el velador.) Bien, señor. (yéndose.)

FED. Ahora, hablemos un poco, joven.

EDU. Hablemos, señor preceptor.

FED. Cuando dos personas han de vivir juntas, es bueno que se conozcan. Por mi parte, voy á decir á usted en dos palabras quién soy. Un hombre que se siente muy dispuesto á amarle como á un hermano... bueno, si usted es franco con él; insoportable, si trata usted de engañarle... Elija usted!

EDU. Elijo... lo primero.

FED. Perfectamente! Toque usted esos cinco! Qué edad tiene usted?

EDU. Diez y ocho años.

FED. Y cuántos amigos?

EDU. Diez ó doce.

FED. Hablo de los íntimos.

EDU. Dos.

FED. Es usted afortunado! Yo, aquí, donde usted me vé, tengo diez años mas que usted, y aun no he podido encontrar uno solo.

EDU. Es posible! Pero yo aseguro á usted...

FED. Repito que es usted afortunado. Y quiénes son sus amigos?

EDU. El uno el vizconde de la Oliva... tiene veinticinco años y veinte mil duros de renta. Es un buen muchacho, con quien puedo contar.

FED. Perdone usted. Cuánto le pasa á usted su señor padre para sus gastos?

EDU. Quinientos reales todos los meses.

FED. Quinientos reales al mes? Y cuenta usted con un amigo que tiene veinte mil duros de renta? He ahí una amistad imposible.

EDU. Cómo?

FED. Sin duda. O participa usted de sus placeres ó no participa de ellos? Si participa, el vizconde paga por usted, y esto es humillante... ó contrae usted deudas... y esto es perjudicial. Si no participa, envidia usted, á pesar suyo, la suerte del vizconde, y de la envidia al odio no hay mas que un paso. Será preciso eliminar ese amigo. Veamos el segundo.

EDU. Oh! el segundo es otra cosa! Se llama Carlos Ortiz, y es un buen muchacho.

FED. Le conozco! Ese es lo contrario del otro, no tiene un cuarto.

EDU. Y qué?

FED. Que ocupa respecto de usted, la misma posición que usted respecto del vizconde. Le debe á usted dinero, verdad?

EDU. En efecto, pero...

FED. Ya estaba yo seguro. Pasemos á las mugeres.

EDU. A las mugeres?

FED. Si... porque es claro que un joven, como usted, de buena figura, ha de tener tres ó cuatro chicas.

EDU. No; no tengo mas que una.

FED. (Vamos!)

EDU. Una sola, á quien amo, á quien adoro.

FED. Y se llama?

EDU. Si usted me promete guardar el secreto...

FED. Por supuesto.

EDU. (acercando su silla á la de Federico.) Se llama... Jacinta Martinez.

FED. Hola!

EDU. La conoce usted?

FED. (tosiendo.) Hum! No!

EDU. Entonces, no conoce usted á la chica mas linda de todo Madrid! Y buena, graciosa, discreta!

FED. Ya!

EDU. Carlos es quien me presentó á ella! Yo la hice la corte; á los quince dias me confesó que me amaba, la juré casarme con ella... y entre tanto, soy el mas feliz de los hombres.

FED. Perfectamente! Y es rica... esa señora?

EDU. Así lo creo... porque se viste con lujo... tiene una casa magnífica.

FED. Y de dónde le viene su fortuna?

EDU. Eso lo ignoro.

FED. Usted irá con ella á todas partes... á los paseos, á los teatros...

EDU. Siempre que puedo! Me alhaga tanto el ver á todo el mundo admirarla y envidiar mi felicidad!

FED. Oh! si, lo comprendo... es muy tierno todo eso!.. Pero usted no ha pensado en una cosa, y es, que la gente es algo maliciosa... dá en cavilar de dónde viene toda esa riqueza, y si no encuentra pronto su origen, dice: Es una cortesana! Aun vá mas allá; viéndole á usted continuamente en su palco, en su coche, añade: Ese es su amante. Pero no falta quien responda: No tiene un real! Y la gente replica: Entonces hay otro en campaña!

EDU. Pero eso es horrible!

FED. Qué quiere usted! Hay tan malas lenguas!

EDU. (con energía.) Y las pruebas?

FED. El mundo condena segun su conciencia!

EDU. (con energía.) Eso no es bastante, caballero!

FED. (La pildora hizo su efecto.)

JOSE. (entrando.) El amo vá á subir á la silla de posta, y pregunta por el señorito.

EDU. Corro á despedirle. Hasta luego, amigo mio! (vase corriendo.)

FED. No, yo voy con usted.

JOSE. El amo me ha encargado que le entregue á usted esto. (le dá una carta y se vá.)

ESCENA XV.

FEDERICO, solo.

Una carta! Será la esplicacion de su estraña conducta conmigo. Veamos. (la abre.) La letra de mi padre! Qué quiere decir esto? (leyendo.) «Mi buen amigo:» Su amigo! «Estoy muy débil, muy achacoso, y cada paso que doy ahora, es un paso hácia la tumba. Quiero verte y abrazarte una vez siquiera... Tengo un hijo, ya lo sabes... (inclinando la cabeza con dolor.) que ha hecho la desgracia de mi vida. Quiero suplicarte que veles por ese hijo pródigo, que le tiendas una mano protectora, si es que su honor no ha caído ya en el abismo que ha devorado su fortuna y su amor filial. Ven, pues, si no has olvidado al compañero de tu juventud.—Anselmo de la Vega.» (después de una pausa.) Oh! Ahora lo comprendo todo! (alzando la frente.) Estoy resuelto! Me quedo! (se oye el ruido de un coche que se aleja.)

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso de un baile. En el fondo y en medio, chimenea con espejo. A cada lado de la chimenea, puerta de entrada con cortinas. Puertas laterales; á la derecha la del aposento de Federico; á la izquierda el de Matilde.)

ESCENA PRIMERA.

JOSE, VARIOS CRIADOS.

JOSE. (en pié delante de la chimenea, calentándose y dirigiendo á los demas criados que están en el salon de baile.) Vamos, despachad!

CRÍA. 1.º (entrando.) Ya están encendidas las bugias. (se sienta á la derecha.)

CRÍA. 2.º (entrando.) Colocadas las sillas! (se sienta á la izquierda.)

CRÍA. 3.º (entrando.) Levantados los tapices! (se sienta á la derecha.)

CRÍA. 4.º (entrando.) Dispuestas las colgaduras! (se sienta á la izquierda.)

TODOS. (haciéndose aire.) Uf!

JOSE. No nos dá poco que hacer ese maldito ayo! El domingo un almuerzo; el martes un concierto; el miércoles un ponche. Ya no le faltaba mas que dar un baile de máscaras, y esta noche le tenemos! Todo con el pretexto de educar á su discipulo! Lo que él hace, es echarle á perder! (los criados se echan á reir.) Y cómo nos trata! Siempre de aqui para alli... esto es para reventar, qué diablos! Y al fin y al cabo, le pagan como á nosotros... es un criado como nosotros.

TODOS. Es claro!

JOSE. Oh! pero yo le diré cuantas son cinco!

TODOS. Y yo tambien! Y yo tambien!

JOSE. No se figure que le tengo miedo!

CRÍA. 1.º Silencio! Aqui viene!

(Todos los criados se levantan; José se aparta de la chimenea. Federico sale de su cuarto dando el brazo á una muger completamente tapada con un velo, y se dirige con ella á la puerta del foro izquierda.)

FED. Creame usted, Jacinta; dentro de un año Eduardo bendecirá á usted.

JAC. Asi lo espero. Adios, Federico.

FED. Una palabra mas... Si Carlos no estuviese en su casa de usted dentro de una hora, ya sabe usted en lo que hemos convenido.

JAC. Lo sé. Adios! (vase por el fondo.)

FED. (siguiéndola con la vista.) Escelente muchacha!

ESCENA II.

Los mismos, FEDERICO.

FED. José?

JOSE. Señor!

FED. Está todo dispuesto?

JOSE. Sí, señor. (se vá y vuelve.)

FED. Se han encargado los helados?

JOSE. En el Suizo. (se vá y vuelve.)

FED. José?

JOSE. Señor!

FED. Ha llevado usted mismo la esquila de convite á don Judas?

JOSE. Sí señor. (el mismo movimiento.)

FED. José?

JOSE. (con mal modo.) Señor!

FED. Eh! Qué modo de responder es ese?

JOSE. Pero señor!

FED. La sonrisa en los labios, señor José!

JOSE. Es que...

FED. Y el respeto en el corazon! Ahora... salga usted de aqui! Pronto!

JOSE. (Ah! si yo me atreviese...)

FED. Qué está usted murmurando?

JOSE. Nada, nada; ya me voy, señor! (á los demas criados.) Salid vosotros! (vase con ellos.)

ESCENA III.

FEDERICO, despues EDUARDO.

FED. Pues señor, todo vá bien. El señor de Alvarado estará de vuelta dentro de algunas horas, y mañana, segun espero, no tendré ya nada que hacer en esta casa! Partir: Separarme de Matilde! Dulce y encantadora niña! (se queda un momento pensativo y despues dice reponiéndose.) Pero qué es esto? Voto al diablo! Cualquiera diria que se olvida usted de su papel, señor Federico! (Eduardo aparece en el fondo.) Mi discipulo! Prosigamos la comedia.

EDU. (consigo mismo.) Pero no, es imposible!

FED. Qué?

EDU. Nada; un error sin duda. Desde las ventanas de mi cuarto, he visto cruzar el patio á una muger que se parecia mucho á Jacinta...

FED. Ya lo creo; como que era ella!

EDU. Ella, aqui, en casa de mi padre!

FED. No, en mi gabinete!

EDU. Cómo! Usted la conoce?

FED. Un poco.

EDU. Sin embargo, cuando le hablé á usted de ella, me pareció que usted ignoraba su nombre.

FED. Es que se le ha cambiado.

EDU. Qué dice usted?

FED. Digo, que hace un año se llamaba Adela de Santana.

EDU. Oh! eso es imposible!... Pero qué venia á hacer aqui?

FED. Venia... á hacerme un encarguillo.

EDU. Para mi?

FED. Bah! Usted se figura que nadie piensa mas que en él?

EDU. Vamos, Federico, no me haga usted sufrir... dígame usted todo lo que sepa...

FED. De Jacinta? Ay, amigo mio, no acabaria en toda la noche.

EDU. Pero es cierto que me engaña, que no me ama ya?

FED. Perdone usted... ella le ama, y no es á usted á quien engaña, porque usted es el último en el orden cronológico... es á los demas.

EDU. Federico, cuando se dicen tales cosas, es preciso probarlas.

FED. No hay dificultad en ello.

EDU. Pues bien, yo quiero, exijo al momento la prueba de...

FED. Y si se la doy, me jura usted no volverla á ver?

EDU. Se lo juro.

FED. Y casarse con su prima?

EDU. Jamás! Es decir, cuando mi padre quiera.

FED. (dándole una carta abierta.) Pues bien, lea usted.

EDU. (tomando rápidamente la carta.) «Eduardito está de servicio esta noche; hay baile en su casa, y como no me gusta la soledad, espero á usted en la miadentro de una hora. Firmado, Jacinta.» Y el sobre á Carlos! Carlos, mi mejor amigo! El que... Oh! esto es infame!

FED. Vamos, joven... tenga usted calma. Carlos es un canalla, ya se lo dije á usted. Y en cuanto á Jacinta,

no es culpa suya si usted la ha rodeado de una aureola que ella no ha pretendido jamás.

EDU. Tiene usted mi palabra, Federico: no veré mas á esa muger, me casaré con mi prima, si mi padre lo exige. Pero nada he prometido respecto de Carlos, y ese pagará por los dos. (*vase corriendo por el foro izquierda.*)

ESCENA IV.

FEDERICO, despues MATILDE.

FED. (*queriendo detener á Eduardo.*) Eduardo! Ed!... Al fin y al cabo, mas vale que su dolor se exhale en arrebatos de cólera... Asi durará menos. Hasta mañana no puede batirse... Me queda tiempo para todo. Pero don Judas tarda demasiado. (*Matilde entra de puntillas por la puerta lateral izquierda. Está vestida de baile.*)

MAT. Está solo! Tanto mejor!

FED. (*viéndola.*) Matilde! qué linda está!

MAT. Buenas noches, Federico.

FED. (Ea, preceptor... á tu papel!) Adios, señorita... ya dispuesta!

MAT. Si... yo...

FED. Oh! comprendo... en un dia de baile, las niñas quisieran componerse desde por la mañana.

MAT. Las niñas! Yo voy á cumplir veintidos años!

FED. De veras? El otro dia decian en casa de la condesa, que apenas representaba usted diez y siete. Esto debe alhagar á usted.

MAT. Al contrario! Le parece á usted que represento yo diez y siete años?

FED. A mi? No tal; he apostado á que tenia usted diez y ocho... habré perdido.

MAT. Y es asi como me recibe usted? Pues bien... me voy!

FED. (*con sentimiento.*) Tan pronto! (*dominándose.*) Quería usted hablarme?

MAT. Si señor; queria consultar á usted antes que a nadie sobre mi traje, pero...

FED. Su traje de usted! (Es que está divina!) No está mal... sin embargo, ese vestido blanco con flores en la falda... esa guirnalda en la cabeza... todo eso es muy pastoril!

MAT. (*apesadumbrada.*) Es decir que no le parezco á usted bien?

FED. Si tal... pero á mi no me gusta lo blanco. Se acuerda usted de la marquesita del Alamo, qué graciosa estaba la otra noche con su vestido verde manzana, sus cogidos de rosas amarillas y su prendido de cintas encarnadas?

MAT. Ah! A usted le gusta? (Me dan ganas de llorar!)

FED. (Pobre angel!) Tenia usted algo mas que decirme?

MAT. Si, pero no me atrevo... ahora que le parezco á usted fea.

FED. (*con calor.*) A mi! (*reponiéndose.*) Hable usted, señorita.

MAT. Pues bien, si, á pesar de todo, hablaré. Como se ha olvidado usted de invitarme á bailar, caballero, venia yo misma á ofrecerle...

FED. Algun rigodon?

MAT. Si señor, aqui está mi *souvenir*.

FED. (*abriéndole.*) Pero está ya lleno.

MAT. (*rápidamente.*) No, aun quedan algunos huecos.

FED. Veamos. Número 2, señor de Vargas; 4, señor de Montellano; 6, señor de Queipo; etc.; etc. (*vuelve la página, se inscribe y se lo devuelve.*) Mil gracias, señorita.

MAT. (*leyendo.*) El número 24!

FED. Si... está usted tan comprometida!

MAT. (*cándidamente.*) El uno estaba libre!

FED. Ese puesto pertenece á su señor hermano!

MAT. Pero habia otros antes del 24.

FED. Usted olvida, señorita, que tengo que sacar á bailar primero á las señoras de respeto? (Debo parecerle estúpido!)

JOSE. (*entrando.*) Señor, don Judas acaba de llegar y pregunta por usted.

FED. Que entre. Hasta luego, señorita.

MAT. Hasta luego. (Ahora caigo! Quizá porque estoy mal vestida, no quiere sacarme á bailar... voy á darle una sorpresa!) (*vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

FEDERICO y DON JUDAS.

FED. Esta vez tengo que habérmelas con un tahir..... Felizmente conozco bien el juego. (*se sienta á la derecha, junto á la chimenea, y dice á don Judas que entra.*) Adios, señor don Judas... me habia usted pedido una entrevista para esta mañana, y yo la he aplazado para esta noche. Siéntese usted aquí, al amor de la lumbre y hablemos.

JUD. He leído las cuatro líneas que ha escrito usted al pié de la esquila de convite, y...

FED. Vamos á ver, qué queria usted de mi, don Judas?

JUD. Quería preguntarle si el señor de Alvarado habia dejado para mi...

FED. Un billete de dos mil reales? Si señor, ha dejado para usted esa cantidad. Con que el señor de Alvarado le debe á usted dinero?

JUD. Asi parece, puesto que...

FED. En efecto; pero sabe usted que es un crédito muy singular el de usted?

JUD. Por qué?

FED. He registrado todos los papeles del señor de Alvarado; sus libros de entradas y de gastos...

JUD. Ya!

FED. Y he visto que de diez años á esta parte le ha pagado á usted dos mil reales todos los meses, y además una suma de ocho mil duros, lo cual asciende á veinte mil duros; he visto todo esto, repito, pero usted es el único acreedor cuyos recibos y documentos no he encontrado.

JUD. Y bien?

FED. Y bien; sabe usted lo que he venido á sacar en limpio?

JUD. No sospecho...

FED. (*levantándose.*) He sacado en limpio, que usted es un tunante, (lo cual no ha sido para mi un descubrimiento!) y un imbécil, cosa que me ha estrañado mucho, se lo confieso.

JUD. (*con voz meliflua.*) Oh! Señor don Federico, ya sabe usted que no me pico tan fácilmente; pero cuando se dicen tales cosas á un caballero...

FED. Cuando se dicen tales cosas á un caballero, contesta con un par de bofetones... Cuando se dicen á un hombre como usted, se aguanta, si no quiere él mismo recibirlos.

JUD. Pero al menos se le dá alguna razon...

FED. Eso si, la razon no se le niega á nadie, y yo voy á darle á usted la mia. Don Judas no es acreedor del señor de Alvarado, y sin embargo, este le dá dinero á plazos fijos. Luego don Judas tiene un talisman, por medio del cual hace aflojar el bolsillo al señor de Alvarado. No es esto claro?

JUD. Es evidente.

FED. Pues bien, señor don Judas, como me voy fasti-

diando de educar muchachos, y me parece que á mi edad es ya tiempo de hacerme una fortuna, le propongo á usted comprarle su... talisman.

JUD. Para qué?

FED. Para los usos convenientes.

JUD. Oh! con veinticuatro mil reales que le producirá á usted anualmente...

FED. Veinticuatro mil reales! Con semejante máquina, agotaría yo en menos de un año las arcas de Monte-Cristo!

JUD. Si, usted es joven, audaz, emprendedor... y no tiene nada que perder... pero yo... yo tengo que guardar consideraciones, y no puedo ir tan allá... como quisiera.

FED. Por eso mismo... véndame usted su talisman, y corre de mi cuenta.

JUD. (*rascándose las narices.*) Que se le venda á usted!

FED. Pues!

JUD. En cuanto?

FED. Eso depende de lo que sea.

JUD. Es muy justo; el que compra quiere saber.... Al menos yo soy así.

FED. Si el género es bueno, le doy á usted, de una vez, lo que ha recibido en diez años, contando los ocho mil duros.

JUD. Oh! el señor de Alvarado me propuso ya eso, al principio del negocio; pero una suma no es mas que una suma, al paso que una buena rentita...

FED. Si, pero necesita usted diez y seis años para atrapar veinte mil duros; el señor de Alvarado tiene ya cerca de sesenta, y no ha notado usted cómo vá encorvándose!

JUD. En efecto!

FED. (*irguiéndose.*) Aquí, al contrario, cada dia estamos mas tiesos.

JUD. Es verdad!

FED. Pues si él muere, adios renta. Su hijo le tiraría á usted bonitamente por la escalera.

JUD. Usted cree?...

FED. Ese chico? Tiene un genio de todos los diablos!

JUD. Cáspita! Pero y si despues de enseñarle á usted el talisman, se retracta usted?

FED. Se queda usted con él.

JUD. Tiene usted razon. (*bajo.*) Pues bien, amigo mio, es una letra falsa.

FED. Una letra falsa? Del señor de Alvarado?

JUD. No; de su padre. (*con sencillez.*) Una letra falsa... muy honrosa, por lo demas... una letra falsa... con circunstancias... muy atenuantes! Yo la llamaria un rasgo de viveza... un arranque del corazon... pero la justicia tiene otras definiciones... y ya comprende usted...

FED. Comprendo, y sostengo mi proposicion! Veinte mil duros.

JUD. Pagaderos, cuándo? Garantizados, cómo?

FED. Dentro de un mes, bajo mi firma!

JUD. Bajo la?... No, no; para poca salud...

FED. (*Diablo! Pues yo necesito á toda costa... (de repente.)* Ah!) Es decir que rehusa usted?

JUD. Lo incierto por lo seguro? Me parece...

FED. Y si yo le hiciese á usted una obligacion de pagarle el dia siguiente al de mi boda... con la señorita de Alvarado?

JUD. Con la?... Oh! oh! comprendo! Quiere usted hacer un cambio con el padre... él le dá á usted su hija y usted le entrega...

FED. Precisamente.

JUD. Es usted el mismo diablo! Pero el buen hom-

bre es muy débil con sus hijos, y si la niña se resiste...

FED. Oh! por ese lado no hay nada que temer.

JUD. Pues bien, señor don Federico, pruebeme usted... ya usted me entiende... pruebeme usted que la señorita de Alvarado le ama, y es negocio concluido.

FED. Que le pruebe á usted?... (No tengo otro remedio.) Nada mas facil! (*llama y se presenta José.*) Diga usted á la señorita Matilde que tenga la bondad de venir aqui, que necesito hablarla al momento. (*vase José; Federico pasa á la izquierda y dice á don Judas.*) Usted entre en ese cuarto, dejando la puerta entreabierta; oirá usted perfectamente y podrá convencerse... (*don Judas se rasca las narices.*) Qué! le repugna á usted este medio?

JUD. Oh! no por cierto... no soy tan escrupuloso. Pero tengo yo otro mejor.

FED.Cuál?

JUD. Le diré á usted... en general, me gusta tratar los negocios por mi mismo.

FED. Desconfia usted de mi?

JUD. Yo, amigo mio? No tal, pero no me fio de nadie en el mundo. Por consiguiente, si usted lo permite, yo interrogaré á la joven y usted escuchará.

FED. Pero usted cree que la señorita de Alvarado vá á revelar así á un desconocido?...

JUD. Si ella le ama á usted, no hay desconocido que valga... yo le haré cantar de plano. Pero oigo ya el roze de un vestido... Don Federico, á su puesto, y yo á mi papel!

FED. Consiento; pero sea usted prudente... ó de lo contrario... (*vase por la derecha, primer término.*)

JUD. Yo respondo de todo.

ESCENA VI.

FEDERICO, escondido, DON JUDAS, MATILDE.

(Matilde se ha mudado de trage, poniéndose otro de malgusto; pero de modo que parezca siempre bonita. Esto se deja á la buena inteligencia de la actriz que desempeñe el personaje de que se trata.)

JUD. (*viéndola.*) (Qué trage es ese?)

MAT. (*sorprendida.*) Don Judas!

JUD. El mismo, que felicita á usted por la gracia con que sabe llevar un trage.

MAT. Le parece á usted bien?

JUD. (*procurando no reirse.*) Oh! es de un gusto...

MAT. Me habia puesto otro, pero me le he quitado.

JUD. Ya!

MAT. Perdone usted; me habian dicho que don Federico queria hablarme.

JUD. Si, pero cuando iba á recibir á usted, ha perdido la cabeza... y se ha marchado.

MAT. Se ha marchado!... Y sabe usted para lo que me llamaba?

JUD. Creo que queria despedirse de usted.

MAT. Pues qué, se vá de casa?

JUD. Mañana, muy temprano.

MAT. Para mucho tiempo?

JUD. Para siempre.

MAT. Qué dice usted?

JUD. Digo que se vá para siempre!

MAT. Tan mal se encuentra aqui?

JUD. Mal precisamente, no... pero es muy desgraciado.

MAT. Desgraciado? Y por qué?

JUD. No lo sabe usted?

MAT. No por cierto.

JUD. Cómo! Usted no sabe que... la ama?

MAT. (*muy contenta y turbada.*) A mí? El! él! Ab! qué

me dice usted? Qué lejos estaba yo de esperar!... Y es natural... siempre me estaba riñendo... me trataba como una niña... le parecía fea... si señor, fea... no hace mucho que aquí mismo... Cómo había yo de figurarme?...

JUD. Eso lo hacía sin duda por disimular.

MAT. Qué?

JUD. El amor...

MAT. Y por qué disimularlo?

JUD. No sé... quizá el temor de disgustar á usted...

MAT. Lo que á mi me disgustaba era su aire burlon.

JUD. Es decir que le perdona usted el haberse atrevido...

MAT. Perdonarle!... Es acaso el amar alguna falta? Pero él debió decírmelo, porque entonces yo no?...

JUD. Usted no?...

MAT. Nada, nada, no digo mas... ya que se ha portado tan mal conmigo!...

JUD. Sin embargo, es preciso que yo le diga si debe irse ó quedarse.

MAT. No, no; que se quede!

JUD. (Esta chica debe haber estado en algun colegio.) Entonces cada dia la amaré á usted mas.

MAT. No importa.

JUD. (De seguro ha estado.) Pero ya sabe usted que es pobre, y si su padre de usted se opone...

MAT. Quisiera yo verlo! Si mi padre se opusiese, estaria yo enferma dos dias, y al tercero iria él en posta á buscar á Federico. (consigo misma.) Federico! Qué bonito nombre, verdad?

JUD. Magnífico! Con que... voy á decirle?...

MAT. Oh! no, no vaya usted!

FED. (apareciendo.) Es verdad... no es necesario!

MAT. Cómo, caballero!... Estaba usted ahí, y habrá usted oído...

FED. Bien á mi pesar... crealo usted, señorita.

MAT. Entonces... espero que no me negará usted el primer rigodon...

FED. (sonriendo.) No; pero con una condicion.

MAT. (con resignacion.) Diga usted, caballero.

FED. Que antes de que vengan los convidados, se ponga usted su primer traje.

MAT. Me sentaba mejor, verdad? Bien lo sabia yo.

FED. Entonces, por qué se le ha quitado?

MAT. Y lo pregunta? Por darle á usted gusto, caballero! Voy, voy corriendo... hasta luego! (vase por la izquierda.)

ESCENA VII.

FEDERICO, DON JUDAS.

FED. (siguiéndola con la vista y con tristeza.) (Otro corazon que será preciso desgarrar! (mudando de tono.)

Si esto continua, tendré que pedir privilegio!) Don Judas, ya ha visto usted.

JUD. Si, y estoy satisfecho.

FED. Que me place; pero no perdamos tiempo. (se sienta á la mesa de la izquierda y se prepara á escribir.)

JUD. (deteniéndole y sacando un pliego de papel sellado del bolsillo.) Perdone usted... aquí hay papel sellado; yo voy siempre prevenido.

FED. Es muy justo. (mirando el papel.) Sello de veinte! Tome usted. (le dá una moneda que saca del bolsillo.)

JUD. (tomándola.) Ah! el valor del papel? Gracias. (se sienta frente á Federico que escribe. Rascándose las narices.) Perdone usted; hay todavia cierta cosilla que no me parece muy clara.

FED. (impaciente.) Cual?

JUD. Ahora que la chica consiente, que ella misma responde de que consentirá tambien el papá... á qué hacer gastos inútiles?

FED. Qué gastos?

JUD. La... el rasgo de viveza... el arranque de corazon... que usted sabe. (enseñando la letra falsa.)

FED. (Qué hombre!) Es muy sencillo... en primer lugar, el papá, á pesar de todo, puede mostrarse recalcitrante... y ademas... ya comprende usted que con ese... talisman, voy á hacer que se despilfarre en la dote.

JUD. Vamos, veo que entiende usted el busilis.

FED. Verdad que si? (en este momento se oye dentro la orquesta del baile, y se ven pasar por el fondo los convidados; unos de serio, otros de dominó.) Pero el baile dá principio... despachemos...

JUD. (dándole un papel.) Aquí tiene usted... su espada!

FED. (dándole el pagaré.) Aquí tiene usted... su broquel. (ambos se guardan los papeles en el bolsillo.)

JUD. (dando un grito de satisfaccion.) Ah!

FED. (id.) Ah! Es usted un pobre hombre, señor don Judas!

JUD. Qué dice usted?

FED. Un pobre hombre!

JUD. Cómo?

FED. Ya lo verá usted mas adelante. (vase por el foro izquierda.)

JUD. Un pobre! Ah! ya caigo! debí haberle pedido doble! No tengo carácter para los negocios... Cómo ha de ser? (vase por el foro izquierda; al mismo tiempo entran por la puerta opuesta Adela y Carlos.)

ESCENA VIII.

CARLOS, ADELA, despues FEDERICO.

CAR. Es indispensable que yo le hable á usted sin testigos.

ADE. Indispensable? Quién le ha dado á usted derecho para espresarse asi?

CAR. Perdone usted... quiero decir que le suplico me conceda...

ADE. Basta; yo tambien tengo que hablar á usted de cierta carta...

CAR. Cómo! Usted se ha dignado leer?... (Federico aparece en la puerta del foro izquierda.)

ADE. Si señor; y debo reconvenir á usted seriamente... pero ahora me esperan mis convidados... Quédesese usted aqui, yo volveré pronto.

FED. (Una cita!) (se oculta.)

CAR. Señora... (la acompaña hasta la puerta del fondo. Federico finge entrar por primera vez, y hace á Adela un profundo saludo, Carlos ha vuelto al prosencio.)

ESCENA IX.

FEDERICO, CARLOS.

FED. (acercándose tranquilamente á Carlos con una carta en la mano.) (Ahora le toca á este!) Adios, Carlos! Abi han traído esta carta para ti. (se la dá.)

CAR. Una carta! (despues de haberla leído.) Jacinta!

FED. (finjiendo asombro.) Ah! es de...

CAR. Para qué me querrá ahora?

FED. Qué sé yo?

CAR. Váyase al diablo! En fin; voy corriendo á su casa. Pero, y Adela que me ha dicho que la espere aquí?...

No, pues yo no puedo dividirme en dos... Qué haré? Ah! tú puedes salvarme!

FED. Yo? Y cómo?

CAR. Es muy sencillo... yendo á casa de Jacinta.
 FED. (riendo.) Iba á proponértelo!
 CAR. Tú la calmarás.... le harás tener paciencia!
 FED. Cómo?
 CAR. Qué sé yo? Llévala al teatro Real, al Circo, á los Monos sabios!
 FED. A las dos de la noche!
 CAR. Pues bien, convidala á cenar, y hazle beber champagne... mucho champagne! Estás enterado?
 FED. Estoy!
 CAR. (apretándole la mano.) Escelente amigo!
 FED. Si, yo soy así! Ah! cómo vamos á reirnos!
 CAR. Gracias, Federico, gracias!
 FED. No hay de qué darlas. (vase riendo por la derecha.)

ESCENA X.

CARLOS, EDUARDO, despues ADELA.

CAR. Ahora sentémonos y esperemos tranquilamente á que Adela...
 EDU. (El es!)
 CAR. Ah! El buen Eduardo! Buenas noches, amigo mio. (le tiende la mano, Eduardo se cruza los brazos por detrás.) Qué tiene usted?
 EDU. Yo? Nada, caballero.
 CAR. Cómo! Me llama usted caballero, y me rehusa usted su mano? Qué significa esto?
 EDU. Significa, que yo no doy la mano á las personas que no estimo.
 CAR. Qué dice usted?
 EDU. Lo sé todo, caballero!
 CAR. Todo?
 EDU. Sé que le esperan á usted esta noche en la calle del Prado!
 CAR. (Diablo!)
 EDU. Sé que se ha portado usted conmigo como un falso amigo.... como un infame!
 CAR. Caballero!
 EDU. Caballero!
 ADE. (entrando.) Qué es eso?
 CAR. Nada... una pequeñez... una chanza inocente que Eduardo ha interpretado mal.
 EDU. En efecto, señora; Carlos tiene razon... una chanza inocente. (bajo á Carlos.) Hasta mañana, caballero! (saluda respetuosamente á Adela, y vase por el fondo.)

ESCENA XI.

CARLOS, ADELA, despues JOSE.

ADE. Me dirá usted ahora qué significa?...
 CAR. Ni lo sé yo mismo! Una niñeria! Pero le estamos dando demasiada importancia. Se ha dignado usted leer mi carta, señora?
 ADE. Bien á mi pesar, créalo usted.
 CAR. Por qué?
 ADE. Porque no he encontrado en ella ni un átomo siquiera de juicio.
 CAR. Tiene usted razon... allí no hay mas que corazon!
 ADE. Y luego, una insistencia...
 CAR. Muy disculpable en un alma verdaderamente apasionada!
 ADE. Verdaderamente apasionada!
 CAR. Lo duda usted?
 ADE. No me toca ser juez en esa causa.
 CAR. Pues á quién? A quién sino á usted que sabe á dónde se dirigen mis votos, mis protestas de cariño... que conoce cuán sinceros son mis sentimientos...

Y mis?...
 JOSE. (entrando por el foro izquierda.) En la antecámara espera una señora que pregunta por don Carlos.
 ADE. Una señora?
 CAR. Por mí? Sin duda está usted equivocado?
 JOSE. No señor; he oido bien que me ha dicho si estaba en el baile el señor don Carlos Ortiz.
 CAR. Es imposible!
 ADE. Y esa muger, ha dicho su nombre?
 JOSE. Si señora... se llama doña Jacinta Martinez.
 CAR. (Jacinta!)
 ADE. Se turba usted, caballero?
 CAR. Yo? Nada de eso! (reponiéndose.) El asombro... la sorpresa... José, diga usted á esa señora que no sé en qué puedo serle útil... y que no la conozco.
 JOSE. Bien, señor.
 CAR. (bajo á José.) Digale usted que estaré en su casa dentro de una hora. (le desliza un napoleon en la mano y José se vá.)
 ADE. Es muy extraño!
 CAR. Sin duda un error... ó mas bien una mala partida que habrá querido hacerme algun rival, para perderme en el ánimo de usted... porque yo tengo muchos rivales, reñora, (con galanteria.) y no es extraño que los tenga... hay en usted tanta gracia, tantos atractivos...
 JOSE. (volviendo.) Señora?
 ADE. Qué sucede?
 JOSE. Esa joven me ha dicho: Puesto que don Carlos no me conoce, diga usted á la señora de Alvarado, que necesito hablar con ella al momento.
 ADE. Esa insistencia... (dirigiéndose al foro.) Voy allá!
 CAR. (rápidamente.) Qué vá usted á hacer? Hablar con una intrigante... una aventurera?
 ADE. Luego usted la conoce?
 CAR. No por cierto, pero...
 ADE. Pues bien, yo quiero conocerla.
 CAR. Reflexione usted, sin embargo...
 ADE. Lo he reflexionado bien, caballero. (vase por el foro izquierda.)

ESCENA XII.

CARLOS, JOSE, despues FEDERICO.

CAR. (Lléveme el diablo si sé cómo salir de este enredo!)
 JOSE. Parece que no está usted contento, señor.
 CAR. Tú tienes la culpa, animal!
 JOSE. Oh! señor!...
 CAR. No has entendido para qué te he dado un napoleon?
 JOSE. Si señor... pero es que esa señora me ha dado dos! (vase.)
 CAR. Ah! Jacinta me las pagará! Pero quizá sea tiempo de detenerla todavia. (dá un paso para salir, y al mismo tiempo se presenta Federico en la puerta del fondo.)
 FED. Te marchas ya, amigo mio?
 CAR. Ah! Eres tú? No has visto á Jacinta?
 FED. Si, por cierto.
 CAR. Y no la has impedido?...
 FED. Venir aqui? La he traído yo mismo!
 CAR. Cómo?
 FED. En un tres por ciento. Seis reales me ha costado.
 CAR. (frunciendo las cejas.) Pero no comprendo...
 FED. Es muy sencillo. Tú hacías la corte á la señora de Alvarado; ahora bien, como su marido me ha confiado su casa y su honor, he creído de mi deber dar á esa señora algunos informes acerca de su galan... y como Jacinta reunia, en mi humilde opinion, toda

las condiciones apetecibles para... relatora, he apelado á su capacidad, y me ha servido admirablemente. Mira, mira como cumple su cargo. (*se dirige al fondo y señala hacia la izquierda.*) Despues de una reseña biográfica muy bien trazada, está exhibiendo en este instante las pruebas. Lo ves? Ahora aduce, si no me engaño, aquella famosa promesa de matrimonio...

CAR. Mi promesa de...

FED. No hay remedio, Carlitos... tu causa está perdida!

CAR. Tiene usted razon, caballero; pero no habrá usted creído, supongo, que yo dejaria tanta audacia impune?...

FED. Yo? No he creído tal cosa!

CAR. Es decir que está usted dispuesto á darme...

FED. Tantas estocadas como usted pueda desear.

CAR. Bien está... nos veremos pasado mañana.

FED. Y por qué no mañana?

CAR. Mañana tengo otro lance.

FED. Podré saber con quién?

CAR. Con... su discípulo de usted.

FED. Con Eduardo? Lo siento mucho, amigo mio, pero ese lance es imposible.

CAR. Qué dice usted?

FED. Digo que Eduardo es un niño, que yo soy su preceptor, y que, por lo tanto, soy responsable de sus acciones y hasta de sus gestos. Ya vé usted, señor don Carlos, que no hay inconveniente en que nos rompamos el alma mañana.

CAR. Usted lo quiere?

FED. Se lo suplico.

CAR. Pues bien, caballero, estaré en San Isidro mañana á las siete de la mañana.

FED. Y yo á las siete menos cuarto!

CAR. Y á las siete y media le habré á usted matado, señor don Federico.

FED. Si no le he matado yo á usted á las siete y veinte.

CAR. Lo veremos.

FED. Lo verá usted.

JOSE. (*con una talma en la mano, á Carlos.*) La señora me manda suplicar á usted se sirva aceptar... su talma. (*vase.*)

CAR. (*tomándola con rabia.*) Bien está. (*á Federico.*) Hasta mañana, señor don Federico! (*vase foro izquierda.*)

FED. Señor don Carlos, hasta mañana! Y van dos! Voy á dejar la casa como una balsa de aceite!

ESCENA XIII.

FEDERICO, DON JUDAS.

JUD. (*entrando.*) Gracias á Dios que le encuentro á usted!

FED. Qué sucede?

JUD. Sucede que su ausencia empieza ya á inquietar á Matilde.

FED. (*con dolor.*) (Matilde! Falta ella todavia!)

JUD. Le habia usted prometido el primer rigodon, y pasa el primero y el segundo y el tercero, y la deja usted alli como si estuvieran ustedes casados desde hace ocho dias.

FED. Justamente iba á hacerle ahora la corte.

JUD. Pues vamos... no hay tiempo que perder... Son las tres de la mañana y el baile está para concluirse.

FED. (*mirando su reloj.*) Las tres!

JUD. Vamos, Federico; la tiene usted muy enfadada.

FED. De veras? (Pobre Matilde!) Pues bien, vaya usted delante... procure usted desenojarla... yo no me atrevo á presentarme asi.

JUD. Cobarde! Hago por usted este sacrificio... voy á prepararle á usted el terreno. (*vase por el fondo.*)

FED. (*entrando en su cuarto.*) (Y yo voy á preparar mis armas!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

JOSE, solo, tendido en una butaca, junto á la puerta de la derecha.

Aaah! (*bostezando.*) Qué sueño tengo! Los ojos me hacen chirivitas! Pasar la noche en vela sirviendo á todos los convidados del baile, y despues... Aaah! (*mirando el reloj.*) Ya son las diez, y ese maldito ayo no dá señales de vida. Qué diablos tendrá? Esta madrugada se acostó diciendo que estaba algo indispuerto..... me encargó mucho que no dejase penetrar á nadie en su cuarto, y me mandó permanecer aqui de centinela hasta que se levantase! Bonito oficio! Aaah! El tal ayo!... mas dá que hacer él solo!...

ESCENA II.

JOSE, DON JUDAS, por el fondo.

JUD. (*al paño.*) Bien, bien; yo soy de casa!

JOSE. (*sin moverse.*) Quién?

JUD. El señor don Federico?

JOSE. No se ha levantado.

JUD. Cómo! El, tan madrugador!... No importa; yo tengo confianza con él, y me recibirá aunque sea en la cama.

JOSE. No recibe!

JUD. Pásale recado.

JOSE. Me es imposible.

JUD. Por qué?

JOSE. Porque no puedo.

JUD. Pero...

JOSE. (*acomodándose bien en el sillón.*) Durmamos!

JUD. Calla! Y se echa á dormir... Habrase visto salvaje!... Ganas me dan... (*amenazándole con el puño cerrado.*) Pero no, tengamos prudencia... no conviene en estos momentos incomodar á Federico.... Esperaré á que se levante. (*se sienta en la butaca de enfrente.*) Yo necesito verle, sin remedio. Anoche no le encontré al acabarse el baile... Me habia prometido bailar con la niña, y cuando llegó el rigodon no pareció por la sala... asi es que Matilde se puso amoscada y... Diablos! Si fuera á tronar con él por semejante bicoca! Pero no.... está muy enamorada. Nada tengo que temer por ese lado! Todo vá bien... dentro de quince dias la boda, y dentro de diez y seis atrapo mis veinte mil duros! Cáspita! Con tal que de aqui á entonces no vaya mi hombre á... No; gozá una salud á prueba... y además, yo velaré sobre él á fin de que no cometa imprudencias. No veo ningun obstáculo... el padre consentirá... la hija ha consentido... Federico consiente... yo consiento... Pero, y si él se retractase? Bah! Acaso es posible rehusar la mano de una rica heredera, hermosa como un angel? Ciertamente que la manera de obtenerla no es... y hasta si se quiere... parece algo... Pero yo conozco á mi hombre... es mi cliente... es mi amigo... es un solemne pícaro... puedo tener en él entera confianza.

ESCENA III.

Dichos, EDUARDO.

EDU. (*entrando por la izquierda.*) (No he podido dormir en toda la noche... la idea de la traicion de Carlos... Oh! Es preciso que yo me bata con ese hombre... que yo le mate... Federico me servirá de padino.)

JUD. Ah! Buenos dias, don Eduardo.

EDU. Usted por aqui, don Judas?

JUD. Si, vengo á ver á su ayo de usted.

EDU. Tan de mañana?

JUD. Dispéñeme usted esta confianza... Federico es mi amigo íntimo... y su salud me interesa tanto, que no he podido resistir mas tiempo al deseo de saber qué tal ha pasado la noche... así como usted y su mamá política y su amable hermana.

EDU. Gracias!

JUD. Pero Federico... Federico sobre todo... le quiero mucho... es tan buen muchacho!..

EDU. Sabe que está usted aqui?

JUD. No, está todavia durmiendo, y no he querido molestarle.

EDU. Durmiendo? No puede ser. José! José! Dónde anda este criado?

JUD. Oh! no le llame usted... sentiria que por mi...

EDU. Nada de eso; yo tambien tengo que hablarle. José! José!

JOSE. (*dispertando y levantándose.*) Señor!

EDU. Di á don Federico que haga el favor de salir al instante.

JOSE. No se ha levantado todavia.

EDU. Dile que se levante.

JOSE. Es que ha mandado que nadie entre en su habitacion hasta que él llame.

EDU. No importa; haz lo que te digo.

JOSE. Bien, señor; pero...

EDU. Vamos, qué te detiene?

JOSE. Es que no me atrevo... el señorito don Federico tiene unos arranques...

EDU. Qué diablos! Iré yo mismo!

JUD. Pero don Eduardo....

JOSE. Por Dios, señorito...

EDU. Aparta de ahí, imbécil! (*entra en la habitacion de Federico.*)

JOSE. No hace caso! Verá usted como yo lo pago. Cuando don Federico ha dado una orden...

JUD. Tranquilízate; nosotros intercederemos por ti.

JOSE. Ah! señor, si, háganlo ustedes, porque sino, es capaz de... me estremezco solo de pensarlo.

EDU. (*saliendo.*) Federico no está en su habitacion.

JOSE. Cómo?

JUD. Qué dice usted?

JOSE. Pero si no ha salido desde que se acostó anoche. Yo no me he movido de aqui desde entonces, y no le he visto.

EDU. Pues no solamente ha salido él, sino que otros han entrado.

JOSE. Nadie; puedo asegurarlo.

EDU. Entonces, quién lo ha arreglado todo?... Quién ha limpiado los muebles?... Quién ha hecho la cama?

JUD. Si... responde... tiene razon don Eduardo.

JOSE. A no ser... (Oh!... Qué idea me ocurre!...) A no ser que no se haya acostado!...

JUD. Cómo es eso?

EDU. Qué estás diciendo?

JOSE. (Si yo lograra desacreditarle!) Como su cuarto tiene otra puerta que dá al corredor y á la escalera... y él solo posee la llave...

EDU. Y bien?

JUD. Y bien?

JOSÉ. Puede haber salido de casa esta noche sin que nadie lo haya notado.

EDU. Y por qué no esta mañana?

JUD. Pues!... Y por qué no?... (Esto empieza á inquietarme.)

EDU. Eh!... Tú le calumnias... Vete de aqui, ruin criado.

JOSÉ. Yo, señor...

EDU. Vete!...

JOSÉ. Bien... ya me voy... (En qué pararán estas misas?) (*vase.*)

ESCENA IV.

EDUARDO, DON JUDAS.

JUD. Estará quizá en el jardin... en las oficinas...

EDU. No... le he buscado yo antes por todas partes...

JUD. Habrá salido de casa esta mañana.

EDU. Tan temprano!... Y luego esa orden de que nadie entrara en su habitacion... ese misterio... Será verdad lo que sospecha José?

JUD. Oh!... No crea usted nada... Federico es incapaz... Haber pasado la noche fuera de casa!... (Diablo! Diablo!)

EDU. En fin... yo necesito verle... yo necesito hablarle al instante.

JUD. Y yo tambien... yo tambien lo necesito.

EDU. Si supiéramos dónde encontrarle!...

JUD. Espere usted... Ahora recuerdo que anoche se despidió de don Carlos, diciéndole: «Hasta mañana!...» Tal vez haya ido á su casa!

EDU. Eh!... Y para qué?

JUD. Lo ignoro... pero yo voy á buscarle!

EDU. Entonces yo tambien... No, no... vaya usted solo. (Es preciso que yo le hable antes.) Vaya usted.

JUD. Si... voy volando... y usted descuide... yo le traeré aqui... muerto ó vivo... Es decir... sano y salvo. (Su salud me interesa demasiado!) (*vase precipitadamente por el fondo.*)

ESCENA V.

EDUARDO, despues MATILDE, despues JOSÉ.

EDU. Maldita casualidad!... No encontrar á Federico cuando mas lo necesitaba!... Carlos me estará tal vez esperando... y aun no tengo padrino para ese lance!...

Oh! Es preciso que él lo sea... Despues de los desengaños que he sufrido... solo tengo en él confianza!

MAT. (*entrando por la izquierda.*) (Dónde estará?... No le encuentro por ninguna parte!...) Ah!... Eres tú, Eduardo?

EDU. Buenos dias, hermana.

MAT. Sabes donde está don Federico?

EDU. (A quién viene á preguntárselo!)

MAT. Anoche me prometió bailar conmigo un rigodon... y todavia le estoy esperando.

EDU. Tendria que hacer... debes disculparle.

MAT. Eso no tiene disculpa!... Hacer esperar á una señorita... y digo, para bailar!... Es un compromiso sagrado!... Pero dónde está?

EDU. Qué sé yo?... Nadie dá razon de él... ni José, ni los demas criados... Debe haber pasado lo noche fuera de casa... ó haber salido esta mañana muy temprano.

MAT. A dónde?

EDU. Lo ignoro... yo tambien le estoy esperando.

MAT. Dios mio!... Le habrá sucedido alguna cosa?

EDU. Tranquilízate!... Don Judas ha ido á buscarle. (Y no viene!... Oh! La impaciencia me devora!)

MAT. Pero tú también estás inquieto... Algo me ocultas, Eduardo.

EDU. Yo!... (Esta chica vá á abrumarme á preguntas... lo mejor será dejarla.) José!... José!

MAT. Para qué le llamas?

JOSÉ. (entrando.) Señor!

EDU. Avisame apenas vuelva don Judas... Yo estaré en mi cuarto.

JOSÉ. Bien, señor.

EDU. (marchándose.) (Oh!... Si fuera á no encontrarle!)

ESCENA VI.

MATILDE, JOSÉ.

MAT. Pero escucha... Y se vá!... (Este criado podrá informarme.) José!

JOSÉ. Señorita!

MAT. Tú debes saber la verdad... Dónde está don Federico?

JOSÉ. Don Federico? No parece desde anoche.

MAT. Desde anoche?

JOSÉ. (Aticemos la discordia... Si yo pudiera hacer que le echasen!) Si, señorita... no me descubra usted... pero sépalo todo... El preceptor no ha dormido en casa.

MAT. Qué dices?... Eso sospecha también mi hermano... pero yo no puedo creerlo.

JOSÉ. Y sin embargo... es demasiado cierto.

MAT. Tú lo sabes?

JOSÉ. Si lo sé?... (Lo adivino... es lo mismo para el caso.) Estoy seguro de ello.

MAT. Oh! Semejante escándalo!

JOSÉ. No es verdad que es un escándalo?

MAT. (Y luego haberme faltado anoche... no haber cumplido la palabra que me dió de bailar conmigo!... Oh! Es preciso que se justifique!) José!

JOSÉ. Señorita!

MAT. Me avisarás en cuanto vuelva... estaré en el cuarto de mi madre política.

JOSÉ. Muy bien!

MAT. Ah!... Federico!... Federico!... Veremos cómo esplica usted todas sus faltas! (vase izquierda.)

ESCENA VII.

JOSÉ solo.

Qué mosca lleva!... Pues y el señorito Eduardo!... Los dos se han tragado la píldora!... No faltaba más sino que viniese ahora el amo!... De seguro le plantaba en la calle!... Tengo más ganas de que el tal ayo se vaya con la música á otra parte!... (bostezando.) Aaah! Qué sueño me hace pasar el condenado!... No... y después de todo... puede ser que haya dicho la verdad... Si no ha dormido fuera de casa... no habrá dormido en ninguna parte!... Yo le creo capaz de todo... Un hombre que me trata... como á un criado!... A mi, que siempre he tenido la categoría de mayordomo!... Qué ha de ser? Un vergante... y nada más que un vergante!... Calla!... Siento ruido!... (mirando por el fondo.) Aquí vienen él y don Judas... Avisemos á la señorita Matilde y al señorito Eduardo! (vase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

FEDRICO, DON JUDAS.

FED. (entra abrazado á don Judas, y fingiéndose borracho.) El tunante de don Judas!

JUD. Con que diga usted, amigo mio, de veras no está usted herido?

FED. Quiá! Yo soy invulnerable. Carlos es el que ha sacado un chirlo... así... en la cabeza... pero eso no le ha impedido pagar el almuerzo en la fonda.

JUD. Bien, se ha portado usted como un héroe; pero, por Dios, no se esponga otra vez; su salud me interesa demasiado.

FED. Todo ha sido por ese chiquillo... mi discípulo... Eduardo.

JUD. Si, ya me ha contado usted... Ir á matarse por otro!

FED. Matarse! No lo crea usted, todo se concluye con un trago.

JUD. (reparando en él.) Eh! Pero qué tiene usted?

FED. Tengo... tengo... no sé lo que tengo... Hemos bebido un champagne en la fonda... Qué champagne!... Legítimo!

JUD. Y eso le ha trastornado á usted?... A usted, que se bebe diez botellas sin pestañear!

FED. Y qué quiere usted, tiene uno días... Pero calla!... Es singular!... No se mueva usted, don Judas!

JUD. Que no me...?

FED. Si... se está usted... columpiando... y eso me hace daño en la cabeza.

JUD. Pero si es usted quien...

FED. Yo?... Entonces... estoy borracho?... Pues es que cualquiera lo diría. (se rie.)

JUD. Bah! Es imposible.

FED. (recobrando su aplomo y su voz natural.) Señor don Judas, le aseguro á usted que estoy borracho.

JUD. (asombrado.) Eh! Nada de eso. Ya vé usted que no lo está.

FED. (finjiendo de nuevo la embriaguez.) No lo estoy?

JUD. Bueno! Ahora vuelve usted?

FED. (con su voz natural.) Ya vé usted que lo estoy.

JUD. Vamos!... Eso no es más que una chanza, verdad?

FED. Una chanza?... Pues ya!... A la salud de usted! (cojiendo el sombrero con las dos manos, y bebiendo como si fuera una copa.) Puah!

JUD. Entonces... es preciso que entre usted en su cuarto antes que alguno note...

FED. No puedo... tengo que bailar el primer rigodon con la señorita de la casa.

JUD. Qué está diciendo? Pero, desgraciado, no sabe usted que el baile se ha acabado hace ya ocho horas, que ha pasado la noche, y que estamos en otro día?

FED. No importa... estoy comprometido.

JUD. Bien... pero en ese estado, cómo ha de bailar usted?... Quiere usted desbaratar la boda?

FED. Desbaratar?... Esto no es más que una prueba.

JUD. Una prueba?

FED. Si Matilde persiste, es que me ama!... Si se incomoda, es que no me ama!... Y yo quiero que mi mujer me adore. Voy á bailar!

JUD. Y yo me opongo, porque al fin, si ella toma la cosa por lo serio...

FED. Y bien! Me casaré con otra!

JUD. Con otra! Pero el pagaré dice veinte mil duros, pagaderos al día siguiente de la boda de usted con la señorita de Alvarado, y no con otra.

FED. Pero yo no puedo casarme con una mujer que no me ame.

JUD. Bah!... Y eso qué importa?

FED. Quiere usted que sea desgraciado?

JUD. Lo que yo quiero es pescar mis veinte mil duros.

FED. Pues bien, los pescará usted, si Matilde persiste.

JUD. (gritando.) Y si no persiste?

FED. Entonces, no los pescará usted!

JUD. Pero eso es una trampa!
 FED. (riendo.) Cuando yo le decia á usted que era un imbécil!
 JUD. (Diablo! Estoy agarrado!) Vamos, Federico, entre usted en su cuarto; yo se lo suplico, en nombre del honor...
 FED. No hable usted de lo que no conoce.
 JUD. Pues bien! En nombre de la amistad, porque usted es mi amigo!
 FED. Don Judas, no me insulte usted!
 JUD. Federico! Mi buen Federico!... (entran Adela, Eduardo y Matilde.)
 FED. (viéndolos.) Ya no es tiempo!

ESCENA IX.

Los mismos, EDUARDO, ADELA, MATILDE.

EDU. (con interés.) Al fin parece usted, Federico!
 ADE. (con severidad.) Caballero, ya era hora de que volviese usted á casa.
 MAT. (con dulzura.) Dónde ha estado usted?
 FED. Esperando á que me llegase el turno. (cojiendo la mano á Matilde.) Vamos!
 MAT. A dónde?
 FED. A bailar ese rigodon... No ha empezado á tocar la orquesta?
 TODOS. Qué dice?
 JUD. (Adios mi dinero!)
 MAT. Qué tiene usted?
 FED. Yo!... Yo no tengo nada. (dá algunos pasos vacilando un poco.)
 MAT. Dios mio! Eduardo! Miren ustedes!... Federico apenas puede sostenerse.
 EDU. En efecto!... Federico! Está usted malo?
 JUD. (rápidamente.) Si, el calor quizá, digo, el frio, el aire... hace un momento me lo estaba diciendo.
 FED. No es verdad!.. Sino que este diablo de don Judas me ha hecho beber champagne...
 JUD. Yo!
 FED. Si, hemos almorzado juntos en la fonda, y se ha bebido, se ha bebido, de lo lindo!
 TODOS. Es posible?
 FED. (á Eduardo.) Cuando yo le decia á usted que desconfiase del champagne!... Ahora voy á beber burdeos!
 EDU. (deteniéndole.) Caballero!
 MAT. Pero esto es horrible!
 ADE. Es indigno!... Semejante escándalo en mi casa!
 JUD. (Estoy arruinado!) (dirigiéndose desalentado á Adela.) Por Dios, señora, todos tenemos algun defectillo. (á Matilde.) Le juro á usted que será un excelente marido... Lo que es yo, le daría mi hija, si la tuviese; pero no la tengo!
 ADE. Eh! Caballero!... Es usted un insensato!
 JUD. (Soy hombre al agua!) (se deja caer en un sillón.)
 FED. Vamos! Y ese rigodon?
 EDU. (deteniéndole.) Federico!
 FED. Tengo derecho á un rigodon!... Yo quiero mi rigodon!
 EDU. Caballero, suplico á usted que entre en su cuarto.
 FED. Y si no quiero?
 EDU. (dirigiéndose al fondo.) José! Andrés! (los criados aparecen.) Haced salir á este caballero al momento!
 FED. (cojiendo una silla.) Al primero que se mueva se la rompo en las costillas! (los criados retroceden; Alvarado aparece en el fondo.)
 MAT. (viéndole, y corriendo á abrazarle.) Mi padre!
 FED. (aterrado.) El señor de Alvarado! (volviendo á hacer su papel.) El señor de Alvarado!.. Tableau!

JUD. (No nos faltaba otra cosa!) (Alvarado se acerca friamente á Federico, y le arranca la silla de las manos.)
 JOSÉ. (entrando, bajo á don Judas.) Don Carlos desea hablar con usted, y está esperándole abajo.
 JUD. (Qué me quiere ahora ese hombre?) (vase por el fondo.)

ESCENA X.

ALVARADO, FEDERICO, EDUARDO, ADELA, MATILDE.

ALV. (á Federico.) Caballero, yo habia creido que haciendo un llamamiento á su amor propio, á su lealtad, despertaria en usted el sentimiento del honor y del deber; me he equivocado. Usted acaba de violar indignamente su mision. Le habia confiado á usted mi casa como á un amigo. Le arrojé de ella como á un lacayo!
 FED. Caballero!
 ALV. Salga usted!
 MAT. (Oh! Dios mio!)
 FED. (finjiendo siempre la embriaguez.) Señor de Alvarado, no creo haber violado mi mision, lo que he violado, son las leyes de la templanza! (á Matilde.) Pero no era con mala intencion, señorita. (con voz natural.) No era con mala intencion!
 ALV. (asombrado.) Cómo! Qué significa...?
 FED. (volviendo á finjir.) Voy á recojer mis trastos. (entra en su cuarto.)
 ADE. (Ese hombre siempre me fué antipático!) (entra en su habitacion.)

ESCENA XI.

ALVARADO, EDUARDO, MATILDE.

ALV. (Miserable!.. Y yo he podido confiarle á mi hijo!)
 EDU. Padre! Me alegro en el alma de su regreso!... Si mi conducta pasada ha podido inspirar á usted temores por mi porvenir, si he resistido alguna vez á la voluntad de usted, le suplico que me perdone. Me tiene usted dicho que sus deseos se verian satisfechos el dia en que yo fuese esposo de mi prima. Pues bien, cuando me crea usted digno de ella, encontrará usted en mí un hijo respetuoso y sumiso.
 ALV. Qué dices? Semejante cambio!...
 MAT. (conteniendo sus lágrimas.) Y yo, padre mio, vengo á decir á usted, que quiero casarme al momento. El señor de Aguirre ha pedido mi mano... me parece un hombre amable, de talento, de buena figura... y conozco que si no me caso con él, antes de quince dias, seré la mas desgraciada de las mugeres!
 ALV. Querida hija! Esa noticia me agrada tanto mas, cuanto que, segun tus cartas, habia llegado á temer...
 MAT. Qué, padre mio?
 ALV. Nada, nada. Gracias, hijos míos, me haceis muy dichoso! (don Judas aparece en el fondo.) Pero tengo que hablar con don Judas. Dejadme; pronto seré con vosotros.
 MAT. (Ah! Qué desgraciada soy!) (vase con Eduardo á la habitacion de Adela.)

ESCENA XII.

ALVARADO, DON JUDAS por el fondo.

JUD. Usted queria hablarme, señor de Alvarado? Qué casualidad!... Yo tambien venia...
 ALV. Vamos al asunto!... Señor mio, voy á casar á mis hijos, y ya comprenderá usted que no pueden emparentar con ninguna familia honrada, en tanto que usted posea ese fatal escrito...

JUD. Cómo?
 ALV. Ya es tiempo de acabar!... Fije usted mismo una suma razonable, y se la doy á usted al momento, en cambio de...
 JUD. Al momento! Una suma razonable! En cambio de... Vamos, señor de Alvarado, usted quiere chancearse!
 ALV. Caballero!
 JUD. Con que vá de veras?
 ALV. Yo me chancoo rara vez, sobre todo, en asuntos de esa especie.
 JUD. Pero esto es horrible!... La Inquisición misma no inventó nada que se le parezca!
 ALV. Basta, señor mio!
 JUD. Pero usted no sabe...?
 ALV. Qué?
 JUD. Que no tengo ese escrito, que no le tengo!
 ALV. Que no tiene usted el...?
 JUD. Me le han robado!.. Un traidor! Un vergante!
 ALV. Quién?
 JUD. Ese maldito preceptor!
 ALV. Don Federico!... Y con qué objeto?
 JUD. Pardiez! Con el objeto de desplumarme primero, y y desplumar á usted despues!
 ALV. Oh! No, yo no puedo creer...
 JUD. Figúrese usted que me ofreció por el negocio veinte mil duros, pagaderos al dia siguiente de su casamiento con la señorita Matilde.
 ALV. Con mi hija!... Y cómo se ha dejado usted persuadir...?
 JUD. Cómo?... A todo el mundo le hubiera sucedido lo propio, porque la interrogué yo mismo, aqui, anoche, y consintió, porque la pobre niña consentia!
 ALV. Qué dice usted?
 JUD. Por eso dí yo mi tesoro en cambio de una obligación, y ese infame se ha emborrachado, ó ha finjido emborracharse!
 ALV. Cómo? En este momento estaba...?
 JUD. Ay! Si señor!
 ALV. Y usted piensa que lo finjia?
 JUD. Pondria las manos en el fuego!
 ALV. (Oh! Empiezo á comprender!)
 JUD. Pero no es eso solo; ha hecho ademas otras muchas; ha traído aqui á Jacinta!
 ALV. Jacinta!
 JUD. Cuando vino la muchacha, hizo que llamase á don Carlos delante de su esposa de usted; él no quiso salir. Entonces, Jacinta entregó á la señora una promesa de casamiento; la señora plantó á don Carlos en la calle; en estó llegó don Federico, y confesó que era él quien habia traído á Jacinta!
 ALV. El!
 JUD. Oh! Aun falta lo mejor!... El señorito Eduardo se enfadó tambien con Jacinta y con don Carlos, porque parece que amaba á Jacinta! Usted no sabia que él amaba á Jacinta? Pues bien, la amaba, y ahora no la ama; al contrario! Ha querido batirse con Carlos; pero no se batirá, porque ya se ha batido por él don Federico. En fin, una porcion de cosas que horripilan.
 ALV. Pero cómo sabe usted...?
 JUD. Por el mismo don Federico, y por don Carlos, que acaba de contármelo.
 ALV. (que ha escuchado á don Judas con la mayor atención.) Y qué deduce usted de todo eso, señor don Judas?
 JUD. Pardiez! Deduzco que el señor don Federico me la ha jugado de puño, y que en adelante, en vez de entenderse usted conmigo, tendrá que entenderse con él!

ALV. (con sencillez.) Preciso es confesar que el tal don Federico es un hombre abominable!
 JUD. (lo mismo.) Si es peor que yo, caballero, mucho peor que yo!
 ALV. En fin, como quiera que sea, don Federico me libra para siempre de la presencia de usted, y este es un servicio que con nada puedo pagarle. (sacando una cartera del bolsillo.) Deme usted ese pagaré, y tome usted esto.
 JUD. Pero...
 ALV. (tomando la letra.) Démela usted!
 JUD. Pero caballero...
 ALV. (dándole la cartera.) Tome usted ahora!
 JUD. Billetes de banco! Una resma de billetes de banco! Dios mio! Qué he hecho yo para que me envíes esta lluvia de oro? Pero yo no comprendo... esplíqueme usted... porque al fin, don Federico...
 ALV. Por lo que hace á ese, yo le prometo á usted tratarle como merece. (dirigiéndose al fondo.) José! José! Acompaña á este caballero... hasta la puerta!
 JUD. Ah! Ya comprendo. Usted quiere... no es eso... ya estoy! Usted tiene la intencion de... no... Pues señor, no comprendo una palabra!
 ALV. Señor mio, hay una cosa que deberia usted haber comprendido ya, y es, que le arrojé de mi casa!
 JUD. Oh! En cuanto á eso, lo he comprendido perfectamente, y tengo el honor... (Esta mina se ha agotado!) (saluda y vase. Alvarado habla un momento bajo con José, el cual entra en la habitacion de Adela.)

ESCENA XIII.

ALVARADO, FEDERICO.

FED. (sale de su cuarto con un saco de noche en la mano, y entra llamando.) José! José! (viendo á Alvarado.) Perdone usted, busco al criado para que se lleve...
 ALV. Un momento, caballero. Me parece que ya se le ha pasado á usted la embriaguez.
 FED. Si, me he echado agua en la cara, y se me ha pasado!
 ALV. Ya sé todo lo que ha hecho usted anoche y esta mañana! Ha introducido aqui á una muger perdida; ha tratado usted de enamorar á Matilde; se ha batido en duelo con uno de los amigos de mi casa; se ha embriagado. En fin, no hay escándalo alguno que usted no haya cometido.
 FED. A qué recordar ahora...?
 ALV. (impasible.) Para decirle á usted, que ha hecho muy bien en obrar de ese modo.
 FED. Cómo?
 ALV. (conmovido.) Lo sé todo, Federico! Todo lo he comprendido! Todo lo he adivinado! Y le pido á usted humildemente que me perdone!
 FED. Caballero!
 ALV. Mi hija le ama á usted, no es cierto?... Si, le ama... lo sé!... La ama usted tambien á ella, amigo mio?
 FED. (con pasion.) Si la amo?
 ALV. Se la doy á usted, si la cree digna de su nombre, si cree usted poder entrar en una familia, cuyo gefe se deshonró en otro tiempo.
 FED. Deshonrarse! Quién ha dicho eso, caballero? Quién puede probarlo? (saca la letra falsa de su bolsillo y la arroja en la chimenea.)
 ALV. (mirando arder el papel.) Tiene usted razon, Federico... es una pesadilla que yo he tenido!... (se enjuga una lágrima. Apretando la mano de Federico.) Amigo mio! Mi hijo!

FED. (con pasion.) Yo esposo de Matilde!... Oh! Si ella supiera cuántas luchas, cuántos combates he tenido que sufrir para imponer la frialdad á mi rostro y el silencio á los latidos de mi corazon!... Oh! Qué feliz soy!... Yo, Federico, el calavera, el perdido! Voy á recobrar mi puesto entre los hombres honrados! Voy á entrar de nuevo en la sociedad, rehabilitado, y podré caminar con la frente alta y la conciencia tranquila! (de repente, y consigo mismo.) (Pero Dios mio!... Esa letra de cambio pagadera al dia siguiente de...) Caballero, ese enlace es imposible!

ALV. (sonriendo.) Imposible! Y por qué?

FED. Ah! Se lo suplico á usted... no me pregunte la causa.

ALV. Apostaria á que la adivino! Tiene usted deudas, no es verdad?

FED. (rápidamente.) Deudas! Si, deudas considerables! (Alvarado saca del bolsillo la letra de cambio, se la enseña á Federico, y despues la rasga.)

ALV. Usted lo dice, caballero; pero quién puede probarlo?

FED. Cómo! Usted tenia...? (quiere besarle la mano, y Alvarado le abre los brazos.)

ALV. En mis brazos, Federico, en mis brazos!

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, EDUARDO, ADELA, MATILDE.

ALV. Adela, hijo mio, os presento al esposo de Matilde!

ADE. Cómo, Alvarado! Un hombre...

ALV. (bajo.) Que ha salvado á usted, señora! (Adela baja los ojos.)

EDU. Pero, padre mio, ha reflexionado usted lo que dirá el mundo?

ALV. Hijo mio, el mundo dirá lo que quiera; pero sé yo que, casando á Matilde con Federico, obro como buen padre de familia. Por lo demas, en Sevilla, en casa de mi antiguo amigo, en casa de su padre de usted, firmaremos el contrato; porque ha recobrado su salud, y estoy seguro de que perdonará á usted sus antiguos yerros. Tú no dices nada, Matilde?

MAT. Yo, padre mio, no sé si debo...

ALV. Es un hombre de honor; puedes creermelo, hija mia.

MAT. Puesto que usted lo dice, yo me fio en su palabra. (dirigiéndose á Federico.) Pero con una condicion, caballero!

FED.Cuál?

MAT. Que no beberá usted mas!

FED. (cambiando una mirada con Alvarado.) Se lo prometo á usted, Matilde mia!

FIN DE LA COMEDIA.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—Madrid 9 de marzo de 1854.—Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.—Quinto.

Madrid, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

Continúa la lista inserta en las páginas anteriores.

<i>Andese usted con broma s. t. 1.</i>	3	3	<i>Fé, esperanza y Caridad, t. 3.</i>	3	8	<i>Maria Rosa, t. 3 y pról.</i>	5	10
<i>Atcuartel desde el convento, t. 3</i>	6	9				<i>Marido tonto y muger bonita, t. 1</i>	2	5
<i>Aranjuez, Tembleque y Madrid, t. 3.</i>	5	15				<i>Mas es el ruido que las nueces, t. 1.</i>	1	2
			<i>Hablar por boca de ganso, o. 1.</i>	2	2			
<i>Bodas por ferro-carril, t. 1.</i>	2	3				<i>Narcisito, o. 1.</i>	1	4
			<i>Juan el cochero, t. 6 c</i>	2	8			
			<i>Jocó, ó el orang-utan, t. 2,</i>	1	5			
<i>Consecuencias de un peinado, t. 3</i>	4	8				<i>O la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 1.</i>	2	5
<i>Cuento de no acabar, t. 1.</i>	2	2						
<i>Gada loco con su temu, o. 1.</i>	1	3				<i>Papeles cantan, o. 3.</i>	3	4
<i>46 mugeres para un hombre, t. 1.</i>	4	3	<i>Los calzones de Trafalgar, t. 1.</i>	2	2	<i>Pedro el marino, t. 1.</i>	2	3
<i>Conspirar contra su padre, t. 5.</i>	4	3	<i>La infanta Oriana, o. 3 magia.</i>	3	15	<i>Por un retrato, t. 1.</i>	2	3
<i>Claudia, t. 3.</i>	4	3	<i>La pluma azul, t. 1.</i>	3	6	<i>Pugar con favor agravio, o. 4.</i>	2	6
<i>Carlos y Maria, ó luchas del bien y del mal, magia, t. 5.</i>	4	3	<i>La batelera, zarz. 1.</i>	1	2	<i>Paulo el romano, o. 1,</i>	2	6
<i>Celos maternos, t. 2.</i>	3	5	<i>La dama del oso, o. 3.</i>	1	2			
			<i>La ruela y el canamazo, t. 2.</i>	5	6			
<i>Dos familias rivales, t. 5.</i>	2	8	<i>Los amantes de Rosario, o. 1.</i>	5	6			
<i>Don Ruperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.</i>	4	12	<i>Los votos de D. Trifon, o. 1.</i>	4	2			
<i>D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 3.</i>	5	20	<i>La hija de su yerno, t. 1.</i>	2	3			
			<i>La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.</i>	5	3			
			<i>La novia de encargo, o. 1.</i>	5	15	<i>Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 3.</i>	4	12
			<i>La cámara roja, t. 3 a. y 1 pról.</i>	2	3			
			<i>La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.</i>	2	10			
			<i>La suegra y el amigo, o. 3.</i>	3	5			
			<i>Luchas de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.</i>	3	5			
			<i>Las obras del demonio, t. 3 y pról.</i>	2	8			
			<i>La maldición ó la noche del crimen, t. 3 y pról.</i>	5	9			
			<i>La cabeza de Martín, t. 1.</i>	4	5			
<i>El diablo alcalde, o. 1.</i>	1	4	<i>Lisbet, ó la hija del labrador, t. 3</i>	2	4	<i>Sara la criolla, t. 5.</i>	5	7
<i>El espantajo, t. 1.</i>	2	2	<i>Las ruinas de Babilonia, o. 4.</i>	6	11	<i>Subir como la espuma, t. 3.</i>	4	8
<i>El marido calavera, o. 3.</i>	2	5	<i>Los jueces francos ó los invisibles, t. 4.</i>	2	14	<i>Simon el veterano, t. 4 pról.</i>	5	10
<i>El camino mas corto, o. 1.</i>	2	5	<i>Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, t. 3.</i>	5	13			
<i>El quince de mayo, zarz. o. 1.</i>	3	5	<i>Los cosacos, t. 5.</i>	2	9			
<i>Economias, t. 1.</i>	4	5	<i>La procesion del niño perdido t. 1</i>	5	14			
<i>El cuello de una camisa, o. 3.</i>	5	7	<i>La plegaria de los naufragos, t. 5</i>	5	6			
<i>El biolon del diablo, o. 1.</i>	2	3	<i>La venganza en la locura, t. 3.</i>	5	10			
<i>El amor por los balcones, zar. 1.</i>	2	3	<i>La posada de la cabeza negra, t. 3</i>	5	10			
<i>El marido desocupado, t. 1.</i>	3	2	<i>La fatal semejanza, t. 5.</i>	4	11			
<i>El honor de la casa, t. 5.</i>	3	7	<i>La hija de la favorita, t. 3.</i>	2	8	<i>Tres pájaros en una jaula, t. 1</i>	2	3
<i>Elena, o. 5</i>	4	11	<i>La azucena, o. 1.</i>	2	8			
<i>El verdugo de los calaveras, t. 3.</i>	4	11	<i>La mestiza, ó Jacobo el corsario, t. 4.</i>	2	8			
<i>El peluquero del Emperador, t. 5.</i>	5	7	<i>Los muebles de Tomasa, t. 1.</i>	1	9	<i>Una mujer cual no hay dos, o. 1</i>	1	3
<i>El castillo de los espectros, t. 3.</i>	5	7		2	5	<i>Una suegra, o. 1.</i>	3	3
<i>El cielo y el infierno, magia, t. 5</i>	5	7				<i>Un hombre célebre, t. 3.</i>	3	4
<i>El secreto de un soldado, t. 3.</i>	5	7				<i>Una camisa sin cuello, o. 1.</i>	3	4
<i>El noble y el plebeyo, t. 3.</i>	5	7				<i>Un amor insoportable, t. 1.</i>	2	3
<i>El reino de las Hadas, magia, t. 4</i>	5	7				<i>Un ente susceptible, t. 1.</i>	2	4
<i>El castillo de Penhoel ó los angeles de familia, t. 5.</i>	5	7				<i>Una tarde aprovechada, o. 1.</i>	1	3
<i>El yerno de las espinacas, t. 1.</i>	5	4				<i>Un suicidio, o. 1.</i>	2	3
						<i>Un viejo verde, t. 1.</i>	1	2
						<i>Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.</i>	2	10
						<i>Un soldado voluntario, t. 3.</i>	4	7
						<i>Urbano Grandier, t. 5.</i>	4	7

Zarzuelas con música, propiedad de la Biblioteca.

Geroma la castañera, o. 1.
El biolon del diablo, o. 1.
Todos son raptos, o. 1.
La paga de Navidad, c. 1.
Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.
La batelera, t. 1.
Perro Grullo, o. 2.
El ventorrillo de Alfarache, o. 1
La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 4
El amor por los balcones, zarz. 1.

En prensa están las siguientes:

El Judío de Venecia, drama en 5 actos.
Luisa de Nanteuil, id. id.
Satanás! id. id.
La peste negra, id. id.
La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, id. id.
Dos madres, ó la huérfana de Flandes, id. id.
Maria, ó la inundacion, id. id.
La juventud de Luis XV. comedia en 5 actos de Alejandro Dumas.
La Buena Aventura, drama en 5 actos de Federico Lemaitre.
Margarita Cautier, ó la dama de las camelias, t. 5.
Buenas intenciones, id. id.
Entre uña y carne, id. id.
Una vocacion, id. id.
El telégrafo eléctrico, comedia de gracioso en 3 actos.
Rómulo, comedia en 1 acto de Alejandro Dumas.